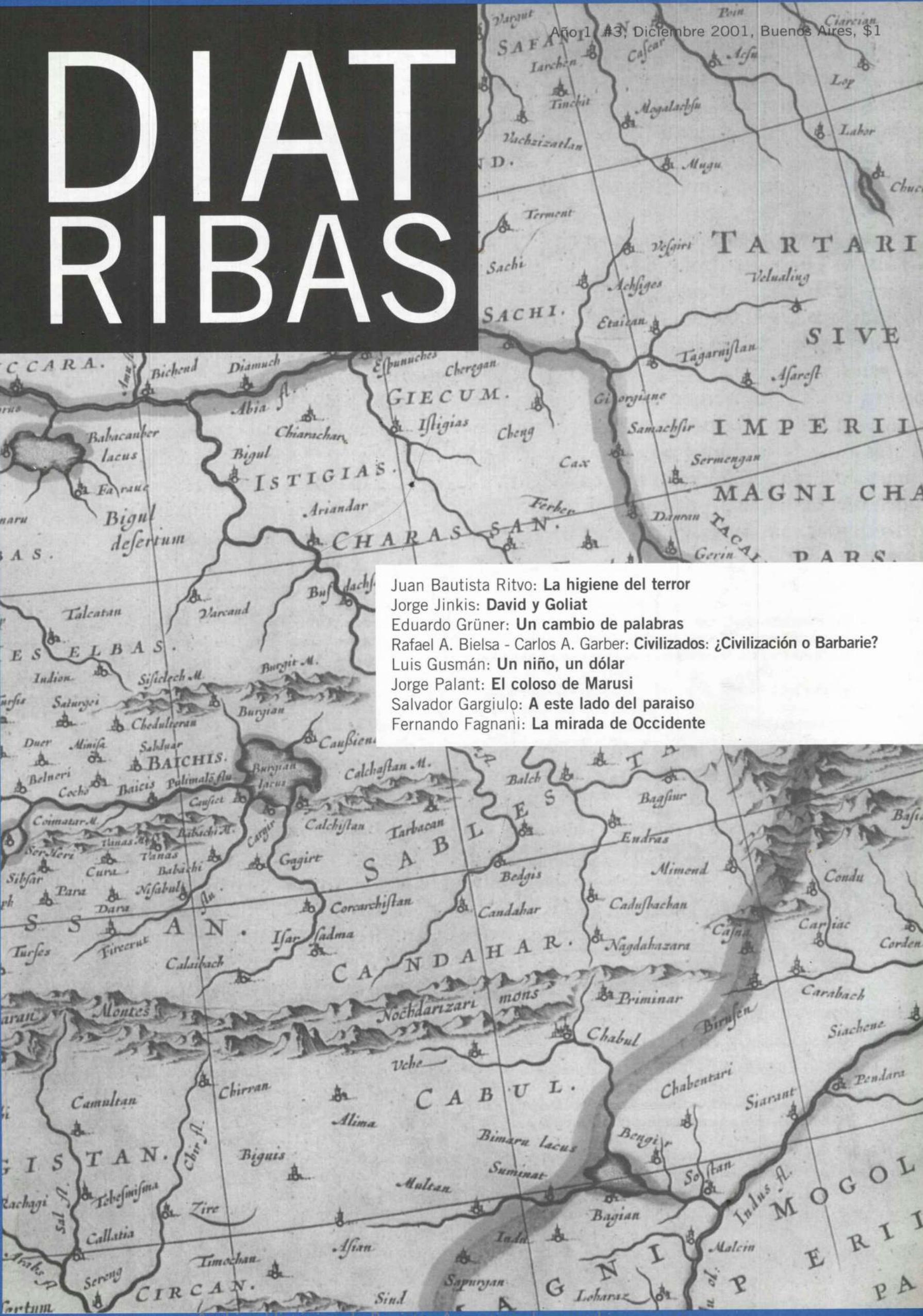


DIAT RIBAS



Juan Bautista Ritvo: **La higiene del terror**
Jorge Jinkis: **David y Goliat**
Eduardo Grüner: **Un cambio de palabras**
Rafael A. Bielsa - Carlos A. Garber: **Civilizados: ¿Civilización o Barbarie?**
Luis Guzmán: **Un niño, un dólar**
Jorge Palant: **El coloso de Marusi**
Salvador Gargiulo: **A este lado del paraíso**
Fernando Fagnani: **La mirada de Occidente**

staff / sumario

#3

DIATRIBAS

Periódico bimensual, escrito por Fernando Fagnani, Salvador Gargiulo, Eduardo Grüner, Luis Guzmán, Jorge Jinkis, Mario Levin, Jorge Palant y Juan Ritvo

Diseño: Lucas Jinkis

Colaboradores: Marisol Gutierrez, Diego Allami, Corina Esturla, Hernán Guerschuny, Pablo Udenio

Impresión: Latin Gráfica

Distribución: Alvaro Coronel (4821-1363)

Tapa / Ilustraciones: Los mapas que integran este número corresponden al atlas de Jean Blaeu (Amsterdam, MDC LXIII)

SUMARIO

Juan Bautista Ritvo: **La higiene del terror**

Jorge Jinkis: **David y Goliat**

Eduardo Grüner: **Un cambio de palabras**

Rafael A. Bielsa - Carlos A. Garber: **Civilizados: ¿Civilización o Barbarie?**

Luis Guzmán: **Un niño, un dólar**

Jorge Palant: **El coloso de Marusi**

Salvador Gargiulo: **A este lado del paraíso**

Fernando Fagnani: **La mirada de Occidente**

Toda comunicación, comentario, colaboración crítica, puede ser dirigida a: revistadiatribas@hotmail.com

DISTRIBUIDORA ALVARO CORONEL

Distribución internacional de libros y revistas desde 1994 presenta a

EDITORIAL LECTOUR

Edición, diseño, impresión, multimedia, internet, promoción

Asesoramiento integral: (011) 4821-1363 E-mail: lectour@lectour.com.ar WWW.lectour.com.ar

La higiene del terror: cuestiones éticas

JUAN BAUTISTA RITVO

Se ha dicho que la guerra entre palestinos e israelíes es trágica porque enfrenta dos causas quizá irreconciliables, pero justas; una ironía feroz invierte las cosas en el conflicto actual entre Estados Unidos y un enemigo que no por casualidad nunca podemos denominar con precisión, ¿Al Qaeda?, ¿Afganistán?, ¿La alianza Bin Laden / Bagdad? En este caso, las dos causas son injustas.

Es cierto, Estados Unidos masacra a campesinos indefensos y muertos de hambre; también es cierto que quienes planearon los atentados no sólo sabían que los yanquis iban a reaccionar como lo hicieron, *quisieron* que lo hicieran así, para extender el martirio, y aún para generalizar la guerra santa con la esperanza (incumplida, probablemente irrealizable) de que el mundo musulmán se encolumne tras ellos.

En cierto modo, Al Qaeda es el resultado del fracaso del nacionalismo árabe, aquel que en los años 50 del siglo pasado movilizaba a las masas para construir un Estado moderno: piénsese en Gamal Abdel Nasser en Egipto; piénsese en la Argelia todavía francesa, en la cual el Frente de Liberación Nacional, de modos ambiguos, vacilantes, contradictorios, intentaba fusionar la tradición islámica con el socialismo moderno, intento que, finalmente, sería derrotado años más tarde por el integralismo.

¿Qué tienen en común los jeques árabes que disfrutaban de sus petrodólares en pueblos donde hay todavía mano de obra servil, los refugiados y sufridos palestinos, las familias tribales que trafican hachís y ametralladoras, la secta talibán y su gobierno teocrático? El impacto del capitalismo en estas regiones donde predomina la estructura autoritaria de la comunidad rural produjo la descomposición política y social y Bin Laden es su caso testigo: la cólera multiseccular de la *Patria irredenta* se sostiene en rasgos que son propios del capitalismo electrónico.

Volvamos al otro lado: cada paso que da Estados Unidos en esta guerra que uno vacila en llamar "guerra" incrementa su propia intoxicación. Las identidades nacionales de los pueblos vencedores e imperiales son como vampiros que beben sangre; se reaniman y barren con todo; el espíritu de tolerancia, tan frágil, es la primera víctima. Pero en este Estados Unidos de tradición puritana, el temor a la contaminación es ya absoluto. El súbitamente famoso ántrax quizá cobre pocas víctimas materiales; las otras, forman legión. La imagen transmitida por los medios de un hombre con traje lunar y máscara antigás, desinfectando un buzón de correo, es un emblema del terror. En ese mundo ya dominado por el colesterol, las grasas, el mal aliento, la esperanza en la criogénesis, los olores, los gérmenes, el efecto de los rayos solares o de su ausencia, de la sobremedicamentación o de su ausencia, en ese mundo, digo, en ese mundo del cual es testigo impar Jerry Seinfeld, habrá que desconfiar del papel de cartas, de los preservativos, de la cara del vecino, del egipcio que cerró su negocio de manera sospechosa.

Alguien dijo que los neoyorquinos son implacables, pensando, tal vez, en el toro que preside Wall Street. ¿Qué sucede si esa implacabilidad se alía con las Furias del objeto persecutorio? Es el reino de la "Justicia infinita" que ahora, por pudor, se transformó en "Enduring Freedom" (Libertad duradera), el reino de la Higiene del Yo, de la Pureza de la Nación ("God bless America"), del rechazo de todo lo que es diverso, heterogéneo, inconmensurable; rechazo que se pliega al amor fanático por lo que es dominable por la razón técnica, esa razón que es, como el agua, inodora e insípida, pero mata.

En este punto, ¿podemos plantearnos cuestiones éticas sin caer en la pomposidad y en la huida de lo concreto? Con frecuencia, casi sin excepciones, la ética suele o hundirse en lo político hasta la identificación, o apartarse radicalmente, cayendo en la abstracción académica, cuando no en la mera cobardía. Y si invoco a la ética es para no confundirnos con ninguna clase de identificación justiciera, sea la que fuera (la ética tiene mucho que aprender de la técnica del distanciamiento de Brecht), o para creernos en el limbo de la universalidad: estamos *aquí*, marginales y al borde del colapso y en ningún caso podemos hacer lo que hacían nuestros padres (o nuestros abuelos), que seguían día a día el avance de los ejércitos aliados en Europa durante la Segunda Guerra, mientras ignoraban lo que se gestaba cerca de ellos. Puedo juzgar otra cultura

si soy capaz de reconocer, primero, la violencia que anida en la propia:¹ soy el prójimo de mí mismo y lo que llamo "mi identidad" permanece —en una extraña proximidad que es, al mismo tiempo, lejanía— en una zona extremadamente ambigua. Y la ambigüedad consiste, sin duda, en que la violencia de mi cultura está unida, extraña, insistentemente, a lazos de dignidad y de respeto a los que no podría renunciar sin renunciar a mí mismo. ¿Entonces? Reconocer la violencia en la propia cultura (y hablar de cultura es hablar de la herencia de los muertos, del diálogo con los muertos, que nos abre posibilidades, pero también nos aplasta con los pecados de nuestros antepasados, con sus sórdidos renunciamentos), reconocerla, entonces, no puede llevarnos (aunque nos lleve, y a veces se lleva a los mejores, desesperados) a descubrir la dignidad y la gracia en la ajena, que es el camino de quienes, casi estúpidamente, confundieron a Bin Laden con un revolucionario.

¿Qué decir, por el contrario, de aquellos que descubren en el actual conflicto la lucha entre la racionalidad de Occidente y la irracionalidad de las culturas atrasadas? ¿Cómo olvidar que la racionalidad de Occidente conduce, entre otras cosas y no de modo excluyente, a la lógica del campo de concentración?

Cada uno de nosotros es hijo de una coyuntura en la cual no es posible discriminar puntualmente el Bien del Mal: la gracia y el horror anidan en las raíces; y, si la ética reclama discriminación, ésta puede advenir por un doloroso proceso de conversión que nunca garantiza la eficacia del resultado final. Puedo practicar la bondad, pero el Bien lleva al infierno, sin estaciones intermedias.

La ética también nos obliga a abrirnos a lo no sabido, a lo que de antemano no podemos saber ni prever; y aunque pudiéramos prever, tampoco podríamos controlar en sus ramificaciones y efectos colaterales. Frente a la catástrofe de las Torres Gemelas, muchos reaccionaron con el lugar común: "Cosecharon lo que sembraron"; pero así se ocultaron su asombro y la sensación de incredulidad que nos asaltó a todos, asistentes del espectáculo televisivo. La reacción sabihonda, "progresista", es tan pobre como la de aquellos que agotaron en las librerías las profecías de Nostradamus.

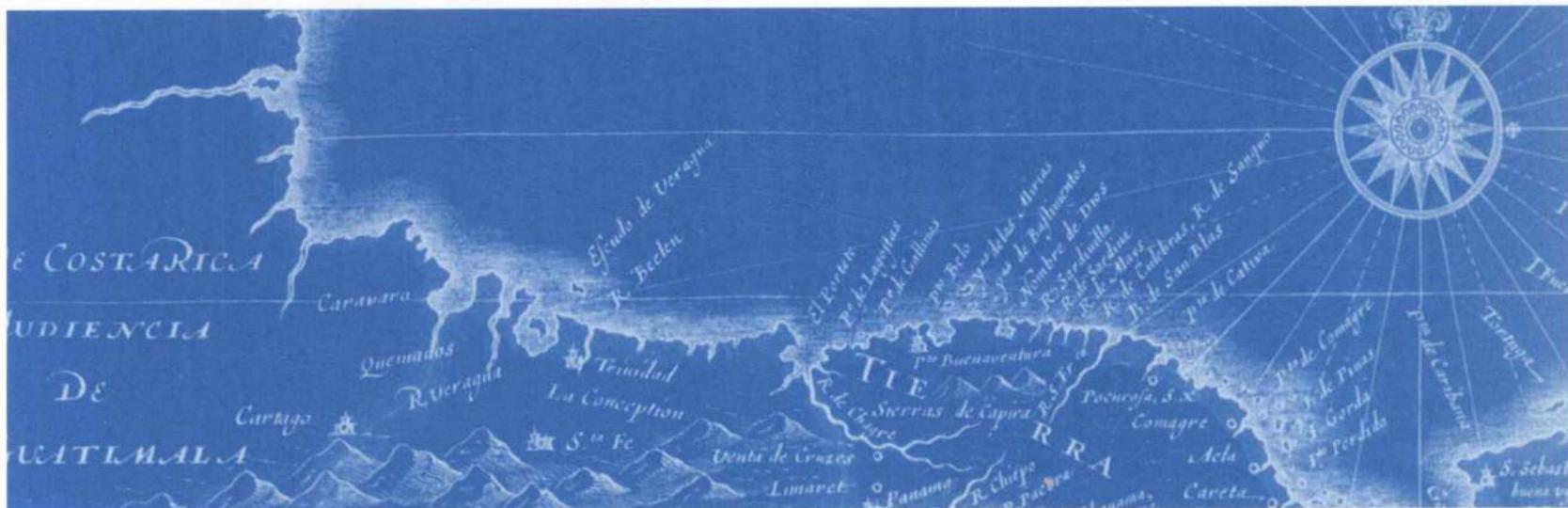
Vivimos tiempos de intemperie (pero, ¿cuál no lo ha sido?, aunque quizá ahora se torne más manifiesta la ausencia de garantías), tiempos que no reclaman, justamente, ideologías que se encarguen de profetizar lo que ocurrió... ayer.

¹ Buena parte de estas reflexiones están inspiradas en las páginas sencillas, conmovedoras, de Claudio Magris: "Dioses e ídolos", que integran su libro *Utopía y desencanto (Anagrama)*. Agradezco a Fernando Toloza que me reveló la importancia de este texto.

David y Goliat

JORGE JINKIS

Antecedido por el título "Debates", *Página/12* publicó (10/10/01) una "refutación" de Verbitsky a un discurso de Viñas en la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo (7/10/01), sobre el atentado del 11 de setiembre. Aunque el debate supone la confrontación de convicciones opuestas, la respuesta de Viñas, "Derecho a réplica", encontró espacio en ese mismo diario casi un mes más tarde. El lector puede hallarla en www.rebellion.org/internacional/vinas181001. A este texto de Viñas se remite el nuestro.



Quizá el hierro fue creado para los clavos y las espinas para la corona de escarnio y la sangre y el agua para la herida. Esa idea barroca se entrevé detrás del Biathanatos. La de un dios que fabrica el universo para fabricar su patíbulo. J. L. BORGES

En los momentos graves de la historia, el espíritu turbado del líder (monarca, cacique, presidente, dictador, teocracia o junta militar), ruega a Dios que lo ilumine.

A Dios, Nuestro Señor, cólerico, celoso, vengativo, intimidante, justiciero, arbitrario, ignorante, omnicompreensivo y misericordioso, a nuestro amado Dios, perfección excelsa de las pasiones belicosas de sus vasallos. No hay religión, religión de un solo Dios, que no se haya instituido fundando la humanidad por la expulsión de un resto, cuya segregación le permite definirse. Los modos de retorno de ese resto introduce en la historia las pesadillas de los hombres.

Sin embargo, algunas encrucijadas le sustraen a la conciencia ingenua su facultad de distraerse; la buena fe puede entonces escandalizarse por la frecuencia con que las grandes religiones de paz y de amor universal han alimentado los enfrentamientos bélicos entre los hombres. No todas las guerras fueron religiosas, pero todas han sido argumentadas religiosamente. Se podría objetar que se trata de argumentos *ad-hoc*, excusas de ocasión, racionalizaciones, y que los conflictos son de poder, de intereses opuestos y contradictorios, las más de las veces económicos. Y, en numerosas circunstancias, seguramente es cierto.

La guerra actual entre Estados Unidos y el régimen Talibán está acompañada, con frágil y precaria prudencia —muchas veces de un modo sincero—, de advertencias casi siempre inauténticas destinadas a impedir que se la presente como un choque entre civilizaciones; esta precaución no es seguida por los sectores

más fanáticos de ambos bandos (¿cuáles son los bandos?) que hablan de valores culturales y religiosos antagónicos.

Autores esclarecidos nos explican los lazos de los dirigentes norteamericanos con los intereses petroleros del Mar Caspio y la ruta posible de los oleoductos; y es cierto. Otros, no menos lúcidos, revelan la ambición de poder de un empresario saudita que ha contribuido al sometimiento miserable de algunas poblaciones islámicas. Y también es cierto. La guerra sería así una consecuencia del divorcio entre ex-socios, y la caricatura, autoexcedida, no estorba a la verdad, quizás por no acercarse a ella. La multiplicidad de causas no las iguala en jerarquía ni les concede a todas valor explicativo. Pero acentuar esta sobredeterminación, ¿le permitirá al sujeto que interpreta hacer algo más que flotar en el océano de la indeterminación?

Un acontecimiento político pareciera reclamar una explicación política, pero justamente la política no tiene vocación neutral ni lengua de especialista y su ambición transformadora pretenderá, legítimamente, incidir en la significación hasta el extremo de producirla.

La ocasión de hacernos esta pregunta la brinda lo que tal vez se creyó presentar como un debate dentro del marxismo: ¿es legítimo el uso político del atentado terrorista? Si nos incluimos en la discusión no es sin agradecerle a David Viñas que haya elegido, una vez más, la ética de hablar y decir.

En la mejor tradición polémica de la prosa argentina, a los golpes y en voz alta, discute con voz "exasperadamente dramática", plan-

teando el estatuto de las diferentes explicaciones difundidas por los medios para rechazarlas y proponer otra alternativa. Me interesa mostrar: 1) que se guía por la misma lógica (teológica) que rechaza, 2) empleando argumentos que encuentran su valor y lugar por la disposición que les adjudica una escenificación estilística, y 3) que el discurso político, cualquier discurso político, es menos ajeno al campo de fuerzas religiosas que lo que prefieren imaginar sus agentes.

Con paciencia didáctica, Viñas rechaza la explicación que llama "teológica" (alguna versión demonológica del enemigo), la explicación policial (que criminaliza al enemigo) o el argumento psicológico (que descalifica al adversario como loco o degenerado). Es claro que esas explicaciones provienen de los centros de poder dominantes; no es tan claro si el autor mantiene ese rechazo cuando las explicaciones provienen de las víctimas de la política que genera ese tipo de explicación. En cualquier caso, declara su preferencia por las explicaciones históricas, llamadas "objetivas" y para ello apela a la "lucha de clases".

Con las salvedades que interpondré, estoy de acuerdo en la crítica a aquellos argumentos, y también me parece fructífero apelar a las explicaciones históricas. Pero las mismas nos deberían ayudar a decir, en esta circunstancia histórica particular, cuáles son las clases en lucha y cuáles son las encarnaduras trágicas de esas luchas. Cuando agrupa del mismo lado a los Sioux, Mohicanos, Comanches, a los paraguayos enemigos de la Triple Alianza y a los shiks de la India, a los cabecitas negras de Perón y a

los mexicanos de Morelos, está armando el bando histórico de los desposeídos, humillados pero también rebeldes (a veces, muy pocas, también revolucionarios) al poder imperialista y colonialista. *Armaz un bando histórico* es una acción eminentemente política, pero si la dicotomía es exhaustiva, si todo es enfrentamiento de pobres contra ricos, de los humillados que nada tienen contra los saqueadores, ¿para qué este populismo bíblico necesitaría apelar a la lucha de clases?

Una condición desventurada fue con frecuencia el resorte de una posible redención y muchas veces, en efecto, tuvo un valor subversivo. También es cierto que toda esa gente está en ese bando por *condición* histórica, mientras que Viñas, o yo, o como tantos otros, podemos o no estar de ese lado por *convicción*. (¿Porque tenemos ideales de justicia, porque nos parece feo, por lealtad con nuestros antepasados...? En cualquier caso, por algún valor de nuestra cultura, aunque el mismo puede ser compartido por otras convicciones políticas que las nuestras).

Las relaciones entre aquella condición y las posibles convicciones son intrincadas. ¿A quién votaron los pobres de Tucumán, de San Luis, de Corrientes? La *condición*, la "clase en sí", no es una promesa política; se puede reclutar bienaventurados para entronizar a Napoleón o sacar de la cárcel a algún "Papito". Sin recurrir a la Metro Goldwyn Mayer, tal vez pueda aceptarse que el profetismo en la Gran Pradera fue la estrategia política de esas poblaciones humilladas, aunque también hubo rencillas bélicas entre Sioux y Comanches que no se agotan en la referencia a los intereses del gobierno norteamericano. Sería sencillo recordar las infinitas guerras de pobres contra pobres, la reserva que la derecha europea encuentra en el campesinado, la fuerza de choque de los desheredados de siempre al servicio del sindicalismo fascista, para destotalizar "el universo de los pobres" prometidos al cielo de la revolución y cuestionar así el fundamento de la argumentación de Viñas.

Por lo demás, el enemigo de mi enemigo no es siempre necesariamente mi amigo. ¿Acaso saludaría Viñas que una pequeña célula de la ultraderecha norteamericana oficie de correo del ántrax? ¿Y si ese mismo grupo fuera la "conexión local" de los autores de los atentados? Creo compartir su aversión por la mezquindad obscena de la corrección política, y confieso que resulta un poco exaltante que patee el tablero cuando se encuentra con el discurso profesional que farfulla prolijidades en lenguaje judicial y administrativo. Pero no es lo mismo patear el tablero por escrito o en una mesa redonda, en un torneo de ajedrez o hacerlo en las calles de Wall Street. A la suerte del mencionado tablero en Nueva York, y para distinguirlo de la tibia reforma, Viñas la llama "mutación", que en teatro —lo sabrá mejor que nadie— alude al cambio de decorados, pero en biología designa la aparición brusca de un cambio que no sabemos cómo se ha producido. Decir "mutación", pues, nombra nuestra ignorancia. Lo que no impide seguir rechazando aquellos argumentos que considera execrables, aunque ese rechazo no tiene por qué extenderse a la pregunta sobre la racionalidad del discurso que los produce.

Un poco de esmero, tal vez, podría conducir a encontrar en sus palabras algunos de los argumentos abominados (teológicos y psicológicos), aunque no siempre me parezcan abominables. Considerar que insultos como "loco" o "degenerado" son argumentos de la psicología es un insulto, incluso a la psicología más insultable. Recurrir en cambio, como lo hace, a la "economía libidinal" resulta legítimo y pertinente, aunque la expresión provenga del discurso psicoanalítico. Situar los atentados como la *respuesta* "de unas poblaciones que a lo largo de siglos han sido sometidas, humilladas y aniquiladas" no supone por supuesto imputar intenciones sino atribuir una significación, aunque inscribe el acontecimiento en la lógica de la venganza y de la necesidad de justicia, razones en las que el psiquismo (si existiera) se revela enredado en la trama de la historia. Por lo demás, esta apreciación que realiza sin contar con ninguna prueba sobre la autoría de los atentados implica creer y confiar (más psicología) en la versión que le cuenta el enemigo que combate.

Sin abundar en citas, es fácil indicar que hay argumentos que psicologizan la política, y suelen ser reaccionarios y reduccionistas, pero también hay nociones psicoanalíticas, como la mencionada anteriormente, que obedecen a una lógica que podría prestar auxilio a la política y atender entonces a las realidades sentimentales como el patriotismo, o hacer caso de las diferencias que implica que la misma religión hable griego en Oriente y latín en Occidente, o que la mentada lucha de clases depende tanto más o menos de los intereses económicos como de la interferencia de múltiples sistemas simbólicos, por ejemplo, del cortocircuito que existe entre la moral pública dominante admitida y el residuo de antiguas creencias e instituciones ya desaparecidas. No discuto el concepto de lucha de clases (aunque no me parece operante en muchos de los casos citados); sólo agregó que el concepto no genera una dinámica militante sin apelar a nuestras pasiones, sin construir las razones imaginarias para creer, sin establecer el valor *absoluto* de mi causa, es decir, sin un discurso religioso. Pero es inútil. Viñas sabe todo eso: sabe que el objeto no es lo que decide sobre la objetividad de la explicación, como sabe que la teología triunfa cuando logra que se la discuta con sus propios argumentos. La lógica, a pesar de su fama, puede ser menos neutra que el fusil.

Y en efecto, Viñas también demonologiza y divide el mundo según dicotomías contrarias, contradictorias y exhaustivas. Así antagoniza entre los Girondinos o la Montaña, Saavedra o los jacobinos porteños, Kerensky o Lenin. Para que nadie dude sobre dónde cae su elección: con astucia algo ingenua se incluye: "yo, alma sensible, tironeado en la calle Corrientes/un obrero incinerándose vivo en Neuquén". Si el contraargumento dijera que prefiere a Viñas escritor que a un obrero alcahuete y rompheelgas, no estaría respetando las leyes del juego: no existen grises, no hay tonos ni colores, sólo blanco y negro, luz y oscuridad. Es pertinente entonces decir que está *claro* que los ejemplos de Viñas no ilustran argumentos: son los personajes dramáticos de una argumentación que deja al estilo que haga su trabajo.

Las oposiciones se agigantan de un modo que permite recordar *La leyenda de los siglos* o

el elementalismo del *Canto General*: "arena de contestatarios, de rebeldes y reformistas en Seattle y Génova; en cambio, en el Pentágono y las Torres Gemelas: un volcán". Viñas toma partido por el fuego, por la furia, lava ardiente e incontenible que funde y entierra todo a su paso; son maneras amplias y generosas, carecen de timidez, les falta mezquindad y desbordan de imaginación (no como le ocurría al Dr. Repetto, y de nuevo tiene razón, aunque sea psicológica).

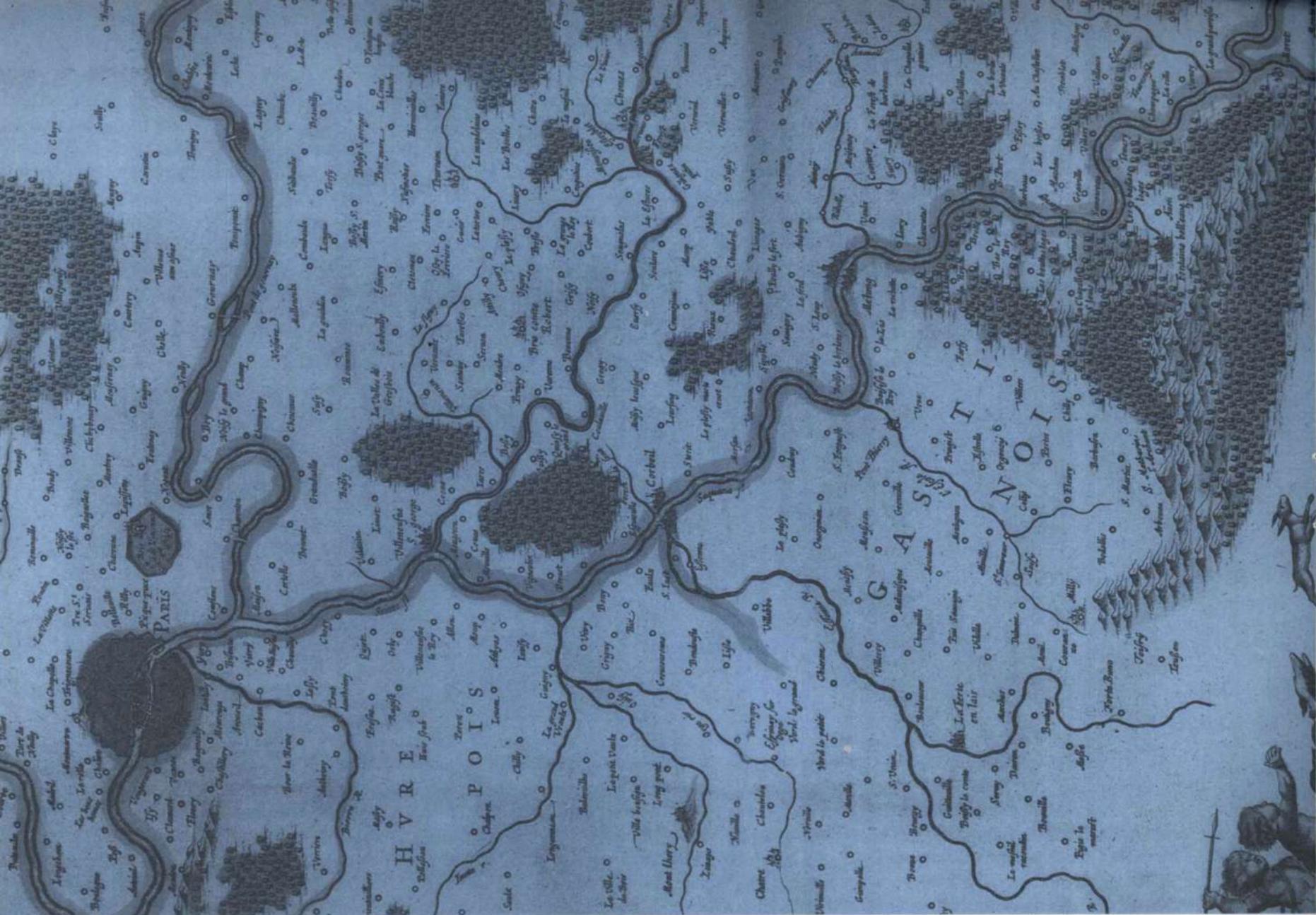
Frente a la reforma, elige la revolución; ante las "movilizaciones" prefiere *patear el tablero*, siempre "un antes y un después" que cualquier *gradualismo*. La disyunción exclusiva, el golpe, el corte, la recia brusquedad viril, pues hay que convenir que esas "movilizaciones" que coloca entre comillas parecen un poco mariconas ante tamaños gestos.

Pero nadie se confunde: la exuberante ampulosidad romántica distrae y prepara la fría y certera puñalada. Esta estética es una política, quiero decir que es una *acción política*, y como tal, legítimamente teológica, aunque la fuerza sobrenatural eficiente provenga del volcán que, por fin, entró en ebullición (la celebración, o la ebullición, es de Viñas). El entusiasmo apocalíptico es capaz de llevar a la sublevación, pero ésta tiene un destino incierto; a veces es una vuelta de la repetición y otras muchas articula la nostalgia del objeto perdido.

Quisiera agregar que desde la Montaña (también era un volcán), el 21 de noviembre de 1793, en el club de los Jacobinos, Robespierre negaba que la Convención hubiera proscrito el culto católico, y defendía la libertad religiosa desde un ángulo estratégico, político, alejado de los valores de la tolerancia. "Hay hombres", decía, "que bajo el pretexto de destruir la superstición quieren hacer del ateísmo una religión". Es una opinión que creía aceptable para el individuo, pero no para un hombre público: "La Convención es un cuerpo político y popular; el ateísmo es aristocrático. La idea de un gran ser que vigila sobre la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante, es completamente popular... En el colegio he sido bastante mal católico, pero nunca fui un amigo frío ni un defensor infiel de la humanidad... Si Dios no existiese, habría que inventarlo".

La política puede tranquilizarse, Dios existe. La palabra "fiel" traduce aproximativamente la palabra "musulmán", aunque durante siglos fueron llamados infieles. Por supuesto es una palabra que también tiene su historia en Occidente. Significa la entrega ciega e incondicional, la lealtad que debo por obra de mi juramento, el respaldo al que estoy comprometido cualquiera que sea la causa que lo reclama. Este lazo que fue de sangre, de parentesco, de linaje, y que mucho después fue un homenaje a la dama, una subordinación al amo, al dinero, al señor, y que persiste y se reimprime al amor a la patria, a la nostalgia por la tierra que alimentó y hambreado a nuestros antepasados, y que colisiona y se une con el mandamiento cristiano sobre el prójimo y con las virtudes cívicas del ciudadano de la república, el conjunto de todas estas lealtades y muchos otros sentimientos amorosos, introducen en la acción política una pasión religiosa.

Es cierto que hay otros lazos, como el miedo. Pero no sé si pertenecen al infierno de la esperanza.



Un cambio de palabras

EDUARDO GRÜNER

Creo, ante todo, que nunca y en ningún caso se debe temer ser instrumentalizado por el poder y su cultura. Hay que comportarse como si esa peligrosa eventualidad no existiera. Lo que cuenta, antes que nada, es la sinceridad y la necesidad de lo que hay que decir. No hay que traicionarlo bajo ningún concepto, y mucho menos callando diplomáticamente por prejuicio. Pero también pienso, a continuación, que es necesario saber darse cuenta de hasta qué punto hemos sido instrumentalizados, eventualmente, por el poder integrador. Y en este caso, si resulta que la propia sinceridad o la necesidad han sido utilizadas y manipuladas, creo que además se debe tener el valor de abjurar de ellas.

PIER PAOLO PASOLINI

Tremenda afirmación la de Pasolini. Tremenda y extraordinariamente lúcida: no se trata de la canónica "autocrítica" —esa que es algo así como la confesión del pecado, absuelto con algunos padrenuestros y que deja al penitente en condiciones de repetirlo como si fuera la primera vez—, como, digamos, puede ser la de la Iglesia pidiendo perdón —siglos después, claro: es una institución que sólo conoce la "larga duración"— por la incineración inquisitorial de Giordano Bruno, o algo así. No es, pues, el "me equivoqué y estoy arrepentido", tributo que se paga a una en el fondo positiva acumulación de *experiencia* (ya que, como diría Borges, para evitar el error conviene antes haberlo cometido). No, lo de Pasolini es algo infinitamente más fuerte; es el equivalente a decir: "Tuve razón, fui sincero, no callé lo que pensaba ni lo que sentía, declaré mi Verdad, que sigo sosteniendo, de la cual no estoy arrepentido, a la cual no considero un error. Y sin embargo, *debo* abjurar de ella, debo abjurar de lo que pienso y siento, de lo que creo y seguiré creyendo". Entiéndase que por supuesto no se trata tampoco del *Eppur si muove* galileano: la abjuración pasoliniana no está forzada por el temor a la tortura, a la muerte, a la cárcel, no

está arrancada por la fuerza del poder; es una *elección*, justamente, *contra* la fuerza del poder que ha "instrumentalizado", dice, mi palabra. Es la voluntad de, simultáneamente, *sostener y renunciar* a mi palabra para evitar su utilización por el enemigo. Más: es precisamente en esas circunstancias de "instrumentalización" cuando renunciar a la propia palabra parece volverse la única manera de sostenerla. Es verdad que "abjuración" es una palabra de resonancias religiosas —y tratándose de Pasolini, eso no es de extrañarse—. Quizá entre nosotros bastaría con *callar*, que no deja de ser una forma de ejercer el poder de la palabra. O con la mera reticencia de Barleby, esta vez levantada contra mi propia propensión al exabrupto. Pero Pasolini ha *querido* darle ese carácter "fuerte" a su gesto (ese gesto que lo llevó a perpetrar algo tan insoportable como *Salò*, y quizá, pocos meses después, a su *zinmolación* ritual?) y no tenemos más remedio, aquí, que respetárselo, usando su palabra.

La cuestión viene a cuento, desde ya, de lo que en estas mismas páginas dice Jorge Jinkis a propósito de Viñas, quien está intentando, se lo ve, fundar una ética sobre esa no-renuncia. Pero más allá de Viñas,

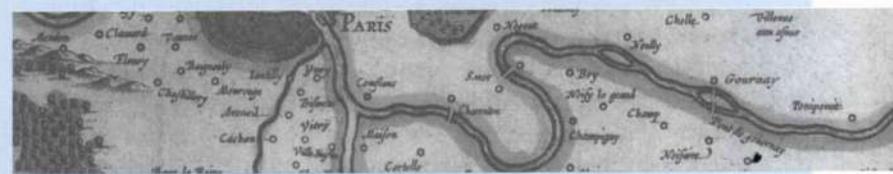
viene a cuento de lo que han dicho otros (y otras) que, sin darnos señales claras de semejante voluntad fundacional, no parecen dispuestos/as a renunciar a las palabras aun *sabiendo* que el enemigo las usará no sólo contra ellos/as, en términos *personales*, sino para, en este caso, desacreditar *toda* posición crítica de un alineamiento automático con “occidente” (es decir, con Bush), y sus crímenes genocidas, sean militares o económicos. Y viene a cuento también de lo que en estas páginas dice Trotsky cuando, aún antes de renunciar a nada, sostiene la diferencia específica de lo que un revolucionario entiende por “terrorismo”, y *sólo entonces* renuncia a esa palabra y a las acciones que se siguen de ella: “deconstruyéndola”, como se dice ahora, la ha tornado ininstrumentalizable por el enemigo. Por el enemigo *de clase*, aclara. Y ese es todo el secreto: la palabra “personal” puede sostenerse a rajatablas en su legítima obcecación íntima, pero al mismo tiempo también puede —y *debe*—, en determinadas circunstancias— abjurar de ella cuando compromete a la responsabilidad pública, *política*.

¿Cuándo, entonces, puede demandársele a un hombre —o a una mujer, incluso a una madre— algo tan terrible como la abjuración en sentido pasoliniano, a saber, el conflicto desgarrador entre el sostenimiento *íntimo* y la renuncia *pública* de su palabra? Justamente, cuando es de *izquierda*. Es decir: cuando su política —por oposición a la del individualismo “burgués”— implica por definición una palabra “de clase” (o como se la quiera denominar, si ya no se cree en la lucha así llamada), una palabra que afecta a una responsabilidad (a una “vergüenza”) *pública* y no a un sentimiento (a una “culpa”) *privado*. No es cuestión aquí del “doble discurso” que se achaca a los políticos en general: no se trata de la contradicción entre las palabras y los hechos de un *individuo*, sino de la división constitutiva, interna a la palabra misma, producida por las diferencias entre los lugares de enunciación. Se trata incluso del imperativo cuasi kantiano de que la pasión personal no puede ser elevada a Ley universal —eso es finalmente lo que hace Bush—, aunque al mismo tiempo no podemos distraernos del conflicto irresoluble que tensiona esos dos polos. Trotsky no podría ser más claro: la venganza individual, basada en el odio por lo que se me ha hecho, tiene sus derechos, que no podrían ser recusados por ninguna moral abstracta, y mucho menos bajo el argumento canalla que condena *en general* la violencia cometida por el otro como si no tuviera nada que ver con la mía. Pero la venganza individual, aún cuando fuera éticamente defendible (y la masacre intencional de inocentes nunca lo es), no es transformadora de estructuras sociales y políticas. Y cuando esa venganza, de hecho o de palabra, es ejercida por hombres y mujeres con responsabilidad pública, es casi indefectiblemente “instrumentalizada” por el poder (y que no se diga que eso es impredecible: parte de aquella responsabilidad pública consiste en *saber* que eso es perfectamente predecible).

Pero, quizá todo esto sea un problema exclusivamente “occidental”. Y específicamente de los *intelectuales* “occidentales”, de los que *trabajan* con sus palabras, y las usan como materia prima para construir mundos inteligibles pero también “polisémicos”, sentidos “abiertos” y múltiples, sujetos a la dispersión hermenéutica, y así. Por quienes siempre, por lo tanto, disponen de la tentación de decir —no es el caso de Viñas, pero sí de otros/as— que fueron mal entendidos. No parece ser por ejemplo el caso, que viene al caso, de los islámicos, que cuentan con una lengua *única*, con una referencia absoluta, fijada y *sacralizada* en el Corán, cuyo mensaje *no puede ser* “mal entendido”. Aclaremos: somos perfectamente conscientes de que no todos los islámicos son árabes, ni por lo tanto hablan esa lengua. No lo son ni siquiera la mayoría. No lo son, por cierto, los pashtunes afganos. Y por supuesto no lo son los bosnios, los turcos, los kurdistanos o los uzbekistanos, ni lo son aun aquellos que parecen serlo (por ejemplo, los marroquíes, que son mayoritariamente bereberes), todos los cuales hablan lenguas que en muchos casos ni siquiera están lejanamente emparentadas con el árabe, ni entre sí. Pero para *todos* los islámicos, lo hablen o no, el árabe coránico es una lengua sagrada, cuyas estructuras gramaticales, sintácticas, incluso retóricas, están fijadas de una vez para siempre en el Libro, son intocables e inamovibles desde el siglo VII. Borges, otra vez, lo dice inmejorablemente en *La Busca de Averroes*: “Farach expuso largamente la doctrina ortodoxa. El Qurán, dijo, es uno de los atributos de Dios, como Su piedad: se copia en un libro, se pronuncia con la lengua, se recuerda en el corazón, y el idioma y los signos y la escritura son obra de los hombres, pero el Qurán es irrevocable y eterno”. Por supuesto, para manejarse cotidianamente en el mundo del comercio, la diplomacia o la política, los árabes han tenido que “inventarse” una lengua más flexible. Pero se lo entiende como una *ficción*, una lengua instrumental que, para la ortodoxia, cae casi del lado de la herejía (así como es intolerablemente hereje la *traducción* del Corán a cualquier lengua “infel”). Y la poesía is-

lámica en árabe, quince siglos después, se escribe respetando puntillosamente las estructuras sagradas, como si para ella no existiera la historia. Eso ha hecho de la poesía una práctica con casi el mismo prestigio litúrgico que la oración. Y también con una decisiva fuerza *material*: en la antigüedad, los duelos verbales entre los poetas del Hijaz podían frecuentemente terminar con la ejecución del “perdedor”. Es decir: donde la palabra se sostiene hasta el propio fin del cuerpo (en la guerra, sin duda, no hay poesía: pero quizá permanezca el impulso del sacrificio que exige *mantener* la palabra sagrada).

Vale la pena preguntarse —aunque la ignorancia no nos permita responder— qué nociones de *historicidad* y *politicidad* pueden desprenderse de esta férrea unidad que da una lengua única y sagrada. Seguramente son nociones radicalmente distintas a las de nuestras sociedades capitalistas, democrático-burguesas y multilingüísticas —este conjunto heteróclito que llamamos, abusivamente, “occidente”— en las que la dispersión de lenguas no sólo hace incurrir en la omnipotencia permanente de la *traducción* (esa forma de escritura que para Benjamin participaba de la soberbia de imaginar poder llegar al verbo divino, originario), sino que hace irrisorio, cuando no imposible, la idea misma de lo *sagrado*: ¿hay que recordar que occidente fue siempre incapaz de crear grandes religiones, que los tres monoteísmos fundacionales provienen de lo que se llama “medio oriente”? ¿y que sin embargo —vuelta de tuerca— uno de esos monoteísmos en cierto modo ha *creado* a “occidente”, haciéndolo “abjurar” de su politeísmo originario, ese que celebraba hasta un Trotsky? Preguntarse, digo, qué significa la idea de un Estado, si se lo pudiera nombrar así, *pre-babélico*, por diferencia con nuestros propios estados *nacionales*, o sea lingüísticamente fragmentados, en los que es necesaria la existencia de lenguas “públicas” y “privadas”, así como de un derecho público y otro privado (el latín, lengua en la cual fue sistematizada por primera vez esa diferencia, nunca alcanzó el estatuto sacramental del árabe, salvo para la burocracia eclesiástica). Claro está que el derecho no es la única “lengua” que hablan las sociedades occidentales. Ante la debacle y la “psicologización” de un discurso político cuya función debería ser contrarrestar esa dicotomía, quedan otras “lenguas” —la de la literatura, por ejemplo— cuya propia lógica supone la ruptura entre lo público y lo privado, y aún cierta cualidad sacralizada. Pero no cabe duda de que la ley (en el sentido de la ley social, jurídica) es en buena medida condicionante de *todos* nuestros “intercambios de palabras”. Y, en este registro, la “juridización” de la política —vale la pena recordar, a este respecto, los razonamientos de Weber, que entre otras cosas explicaban por qué tantos dirigentes políticos “burgueses” son abogados— ha contribuido no poco a eliminar, en nuestras sociedades, ese “espacio sagrado” en el sentido en que suele entenderlo la antropología de las religiones: como enigma de lo real mismo, como vacío de significaciones constituidas, sobre el cual fuera posible recrear una consistencia del lazo social. ¿Y hace falta decir que esta búsqueda de una renovación de los “fundamentos” es exactamente lo contrario del *fundamentalismo*?



Es cierto: siempre hay, en la política (y específicamente en la política “radicalizada”), un sustrato de orden religioso; parece ser algo consustancial a una *creencia* en la posibilidad de generar nuevos lazos sociales. Eso está en Viñas, como lo señala Jinkis, y si se sabe leerlo está en el mismo Trotsky (quien, lo acabamos de mencionar, si confiamos en Deutscher, parece haber estado fascinado por el politeísmo, en el cual encontraba la forma de *re-ligare* que convenía al carácter múltiple de las masas proletarias). También puede encontrarse algo de lo religioso en la política, aún la más criminal, del Imperio occidental: la barbarie neoliberal mundializada no es, como se suele decir, ruptura de lazos sociales, sino producción de ese poderoso lazo social que es la “guerra de todos contra todos”, como lo sabía Hobbes (y a su manera, Freud, que veía en ella el fundamento de la Ley, también la religiosa). Lo que le falta a la privatizada política occidental es la sacralización de la palabra, que hace que la misma palabra sea privada y pública a la vez; o mejor, hace que esa propia distinción entre lo privado y lo público sea ociosa, imposible. De tener eso, tal vez el dilema pasoliniano no tendría lugar: no haría falta abjurar, en términos “personales”, de una palabra que nunca es pensable como derecho a la pura intimidad, como sólo *mía*, ya que pertenece a una comunidad, a una *ecclesia*, que en cualquier momento puede pedir-mela, puede exigirme su *devolución*.

Civilizados: ¿Civilización o Barbarie?



RAFAEL A. BIELSA y CARLOS A. GARBER

Declarada o no, una guerra o algo parecido, o tal vez algo peor, está en curso. Las categorías jurídico-constitucionales con más sólida tradición y arraigo se muestran, de pronto, poco útiles o totalmente inútiles para poner claridad en la ponderación de los problemas y dilemas suscitados a partir de la catástrofe del 11 de septiembre de 2001.

El martes 13 de noviembre, poco antes de partir hacia su *ranch* en Crawford, Texas, el Presidente George Walker Bush declaró la existencia de un estado de “emergencia extraordinaria” que lo autorizaba a disponer el enjuiciamiento secreto, por tribunales militares especiales, de todo extranjero sospechoso de terrorismo arrestado en los Estados Unidos o en el exterior; un alto funcionario declaró a la prensa que estos tribunales podrían operar en territorio de Pakistán y de Afganistán. El Presidente determinará cuáles acusados serán enjuiciados de esta manera, y el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld designará a los componentes de cada tribunal y establecerá las reglas a que deberán atenerse.

Funcionarios de la Casa Blanca aseguraron que el decreto no tiende a sustituir por la castrense a la justicia criminal ordinaria, pero deposita en manos del presidente un instrumento legal que podrá ser utilizado si Osama Bin Laden o sus secuaces de Al Qaeda son capturados. Si esto ocurriera, dijeron, se repetirán experiencias acontecidas durante la segunda guerra mundial.

La *Unión Americana para las Libertades Civiles* (ACLU), en una declaración de la Directora de su Oficina Nacional, Laura W. Murphy, dada a conocer el 14 de noviembre, calificó de “sin precedentes” el decreto, emitido sin que mediara una declaración formal de guerra por el Congreso, y dictado poco después de que el Poder Ejecutivo facultase a funcionarios federales a realizar escuchas telefónicas de conversaciones entre detenidos o sospechosos y sus abogados, y a interrogar a extranjeros que por su aspecto físico pareciesen oriundos de países del Medio Oriente.

La organización de derechos humanos vio, en la decisión presidencial, una falta de respeto a los “frenos y contrapesos” esenciales para la vigencia de la república. Carece de justificación, para la ACLU, la actuación de tribunales militares enjuiciando secretamente a los acusados, sin darles oportunidad de enfrentar a sus acusadores ni de designar defensores de su confianza, sin que la decisión sobre la prueba de

los cargos sea confiada a un jurado imparcial y sin requerirse un veredicto unánime aun cuando se trate de aplicar la pena capital.

Estados Unidos pudo encontrar la forma de proteger la seguridad e identidad de los jurados y obtener la condena de los responsables de los actos de terrorismo sin violar sus derechos civiles, en procesos ventilados ante tribunales criminales ordinarios, como los seguidos a los terroristas que en 1993 dinamitaron el Centro de Comercio Mundial y a Timothy McVeigh. La Ley de Procedimiento concerniente a Información Reservada o Secreta (CIPA, *Classified Information Procedures Act*) proporciona un mecanismo reconocidamente apto para manipular información secreta o reservada en el transcurso de un juicio, que por espacio de décadas mantuvo el delicado equilibrio entre la seguridad nacional y la garantía de "debido proceso".

Tras señalar que el Congreso ya le había entregado al Presidente y al Departamento de Justicia virtualmente todo lo que solicitaran para combatir al terrorismo, la ACLU declaró que el gobierno, con sus últimas medidas, descubría su voluntad creciente de oprimir las garantías constitucionales y reprochó la hipocresía consistente en imponer juzgamientos castrenses después de haber protestado enérgica y reiteradamente por el uso de esa clase de tribunales para juzgar, en el extranjero, a ciudadanos norteamericanos. Concluyó el documento, por eso, con una exhortación al Congreso para que ejercite sus atribuciones constitucionales poniendo coto a los excesos presidenciales y evitando que la Carta de Derechos (el *Bill of Rights*) sea deformada hasta quedar irreconocible.

Aunque el Presidente de la Cámara de Representantes —el republicano Dennis Hastert— y otros legisladores manifestaron su apoyo a las medidas, "porque la Nación está peleando una guerra", senadores y representantes de ambas bancadas emitieron juicios críticos muy severos y algunos solicitaron la celebración de audiencias públicas para examinar su razonabilidad, sosteniendo que por encima de todo, el Estado debe proteger la Constitución y los derechos de todos quienes se encuentren legalmente en suelo norteamericano.

El Presidente de la Comisión de Justicia del Senado, el demócrata Patrick Leahy, en una declaración efectuada el 15 de noviembre cuestionó la legalidad del decreto por el que Bush autorizó el juzgamiento por tribunales militares, señalando que no ha habido ninguna declaración formal de guerra y que, entre tanto, los tribunales federales ordinarios están funcionando y no tienen impedimento alguno para enjuiciar a quienes sean sospechosos de actividad terrorista.

El decano de los miembros republicanos de la Comisión, Orrin Hatch, si bien no se unió públicamente a los cuestionamientos de su colega, lo acompañó en la invitación cursada al Secretario de Justicia John Ashcroft para que comparezca a dar explicaciones sobre las recientes decisiones del Poder Ejecutivo, en la que anticiparon al funcionario que debe estar preparado para una sesión de varias horas de duración.

También en la Cámara de Representantes, el republicano Bob Barr y el demócrata John Conyers solicitaron al Presidente de la Comisión de Justicia, el republicano James Sensenbrenner, que convoque urgentemente a una reunión, expresando su alarma por el hecho de que los procesos militares podrían socavar los fundamentos de la Constitución, negando a los acusados derechos básicos. Conyers, el progresista decano de los representantes demócratas en la Comisión, advirtió que el país está al borde de un calamitoso ataque a las libertades públicas, y por su parte Barr, un decidido conservador, declaró que la situación preocupaba a todos los miembros de la Comisión y debería preocupar a todos los habitantes de los Estados Unidos.

El 16 de noviembre, Sensenbrenner dijo a los periodistas que aún no había decidido formular la convocatoria, pero en una comunicación al Secretario de Justicia advirtió que las medidas de Bush despertaron preocupación a los medios de prensa y al público en general.

Conyers y Barr continuaron, entre tanto, batiendo el parche de la oposición a las medidas, con la esperanza de que el Presidente las dejase sin efecto, por lo menos en sus aspectos más ríspidos. Otros legisla-

dores se posicionaron en igual forma. Dennis Kucinich, representante demócrata, declaró: "Se nos ha pedido que estrechemos filas para defender al país de la agresión terrorista. También debería pedírsenos que lo hagamos para defender al país contra la destrucción de sus derechos y garantías constitucionales".

Desde la página editorial del *New York Times*, William Safire acusa al Presidente Bush, en su columna del 15 de noviembre, de haber asumido poderes dictatoriales, mal aconsejado por un Secretario de Justicia frustrado y dominado por el pánico. "No contento con su anterior decisión de permitir que la policía escuche las conversaciones telefónicas que un sospechoso mantenga con su abogado, ahora le arrebató, al extranjero acusado, hasta los limitados derechos de los procesados ante los tribunales militares normales". En los procesos que el "infame decreto" autoriza, dice, se puede "ocultar pruebas invocando la seguridad nacional, dictar reglas *ad hoc* y *ex post*, dar por probada la culpa del acusado aunque una tercera parte de los miembros del tribunal esté en desacuerdo, y ejecutar la sentencia de muerte sin permitir su revisión por ningún tribunal del sistema ordinario de justicia".

Pero, declarada o no, una guerra o algo parecido, o tal vez algo peor, está en curso. Las categorías jurídico-constitucionales con más sólida tradición y arraigo se muestran, de pronto, poco útiles o totalmente inútiles para poner claridad en la ponderación de los problemas y dilemas suscitados a partir de la catástrofe del 11 de septiembre de 2001. Confirmados progresistas se preguntan si no será éticamente admisible torturar sospechosos cuando el contrapeso de ese delito internacional —crimen de guerra o de lesa humanidad— puede ser la salvación de miles de vidas inocentes. Laurence H. Tribe, quizás el más respetado constitucionalista norteamericano viviente, profesor en Harvard y connotado integrante del equipo de abogados que defendió, en la disputa judicial definitiva de la última elección presidencial de Estados Unidos, la posición sustentada por el candidato demócrata Al Gore, declara que "las libertades civiles no solamente tienen que ver con la protección del individuo frente a su gobierno; también deben ser protegidas contra el terrorismo".

Su homólogo de la Universidad de Columbia, Michael C. Dorf, recordando la tradicional manera de abordar la cuestión recurriendo a la máxima "es preferible dejar en libertad a diez culpables que mantener en prisión a un inocente", cree que muchos se pondrían muy nerviosos si tuvieran que aplicarla arriesgando la posibilidad de que los diez culpables a liberar tengan acceso a armas biológicas.

Si dijéramos que la cuestión no es sencilla incurriríamos en una imperdonable inexactitud. Es, quizás, uno de los enigmas más endemoniados que puedan proponerse al limitado intelecto humano. Como es posible que no tenga solución ni respuesta, quizás lo deseable sea que los hechos transcurran de tal modo que nunca llegue la ocasión en que las medidas de excepción dictadas por el Presidente de los Estados Unidos deban aplicarse, y pueda seguir especulándose, en los cenáculos de los juristas, si Bin Laden y sus secuaces de al Qaeda, de haber sido capturados con vida, habrían debido ser juzgados por una corte penal internacional, un tribunal ordinario norteamericano, o una de las "cortes de canguros" visualizadas en el decreto firmado el 13 de noviembre de 2001 por Mr. George Walker Bush, "en ejercicio de la autoridad en él conferida, como Presidente y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos por la Constitución y las leyes".



Un niño, un dólar

LUIS GUSMAN

En 1212, cuando la Quinta Cruzada corría el peligro de no realizarse, ya que había pocos caballeros dispuestos a salir en expedición a Tierra Santa, y como respuesta a las oraciones para el socorro de Jerusalén, casi como producto segregado y espurio, surgió lo que se conoce históricamente como *La cruzada de los Niños*.

Según las consideraciones que Steven Runciman hace en su libro *Historia de las Cruzadas*, el Papa Inocencio sabía que no iban a ser los niños los que socorrieran a Jerusalén, y no ignoraba que para el discurso de la iglesia los niños funcionaban como una reserva necesaria bajo el tópico de la inocencia. Y, a lo largo de la historia, en función de esa reserva, muchas veces sus vidas han sido sacrificadas.

Un niño iluminado, Esteban de Cloyes, quien decía haber recibido en persona una carta de Cristo, comenzó a predicar en Francia anunciando que mandaría un grupo de niños a socorrer a la cristiandad. Al llegar al Mar Rojo, como Moisés, el mar se secaría y abriría un camino que los conduciría a Tierra Santa. Los niños acudían en tropel a su llamamiento y Esteban recorría el país para recoger adeptos que alcanzaron el número de treinta mil.

Según los cronistas de la época, la fe cristiana encontró para estos iluminados el nombre de profetas menores. Después de infinitas vicisitudes, la pequeña cruzada llegó a Marsella. El mar abriendo las aguas funcionaba como una brújula del milagro a realizarse. En el destino histórico de los niños cruzados, el mar no es una figura poética sino que sólo se abrió para devorar sus cuerpos.

Años después, un sacerdote regresó y relató el destino de Esteban y de los pequeños cruzados. Algunos fueron vendidos como esclavos, otros muertos y martirizados por negarse a aceptar el Islam. Otros corrieron mejor suerte en la corte del gobernador de Egipto y terminaron trabajando de intérpretes sin ningún intento de ser convertidos a la fe musulmana.

Producto de las versiones de la predicación de Esteban, surgió en Alemania otro profeta menor llamado Nicolás. Los niños alemanes eran un poco mayores que los franceses. Su expedición se dividió en dos partes. La primera, según los cronistas, sumaba veinte mil adeptos. Llegaron al golfo de Génova pero nuevamente el mar permaneció impávido frente a sus oraciones y el milagro no se realizó. Sin embargo, dos barcos arribaron a Palestina y nada se sabe de su destino. La otra parte de la expedición no corrió mejor suerte y prosiguió su peregrinación hasta Brindisi.

La literatura recoge esta historia en la bella versión de Marcel Schwob. En una especie de panóptico narrativo cada personaje va contando esta aventura santa de los niños a los que les arrancan los ojos, los mutilan y les sierran las piernas; todos actos de horror realizados bajo la protección de Dios. De estos relatos nos interesa el del Papa Gregorio IX, quien dice que

Dios fue quien condujo a los cruzados hacia Él por el santo pecado del mar y fueron asesinados. Hay un diálogo invocatorio entre el Papa y el mar donde el prelado le reclama a las aguas que devuelvan los cuerpos a una isla donde se levantará la Iglesia de *Los Nuevos inocentes*.

En el prólogo de Borges al libro de Schwob - *La Cruzada de los niños* -, el autor resalta que de ese frenesí, producto de ese fanatismo de la fe, quedaron pocas imágenes grabadas en la memoria. Con el correr de los siglos podrían ser reducidas a dos; la primera, jinetes revestidos de hierro y tierras de hechicería y soledad; la segunda, la más dolorosa, la imagen de incontables niños perdidos.

Niños autorizados y protegidos por las palabras del Evangelio de Lucas: "Dejad que los niños vengan a mí y no lo impidáis", y en palabras de Mateo "Basta la fe para mover una montaña". El previsto milagro no aconteció -dice Borges-, el mar no se abrió bajo sus pies.

Podemos decir entonces que para la historia, al menos para la historia de la fe, siempre hay *Nuevos Inocentes*.

Como contrapartida de estos niños inocentes, la historia de la Edad Media tiene la cruzada de los pastorcitos. David Nirenberg, en su libro sobre las persecuciones de las minorías en la Edad Media, sigue el itinerario de esta cruzada. Entre 1320 y 1321 un pastorcito de diecisiete años tuvo una revelación divina en la que Dios le encomendaba combatir a los moros. A partir del llamado se forma una organización rudimentaria con alrededor de diez mil adeptos que comienzan a atacar los castillos reales, siendo los judíos sus principales enemigos, quienes encarnaban la representación del diablo. Llegaron a París alegando que un ángel les había revelado su misión y pidieron al rey que legitimara esta cruzada. En su conquista convirtieron o mataron a cientos de judíos. Finalmente marcharon hacia algún lugar del mar Mediterráneo para embarcarse rumbo a Tierra Santa. El otro enemigo de la cruzada de los pastorcitos eran los leprosos y, en 1320, comienzan a incendiar las leproserías. Los leprosos, bajo confesión pública y juramento, confiesan cómo se defendían: contaminaban las aguas de fuentes y ríos de distintos lugares, de tal manera que aquellos que bebieran el agua emponzoñada contraerían la lepra o morirían a causa de ella.

Entonces, ni la guerra bacteriológica ni las cruzadas de los niños son una novedad de este siglo. Hace pocos meses las aguas del mar retornaron de la profundidad de la historia y, como emergiendo de esa página de *El Corazón de las tinieblas*, parecieron gritar "el horror, ah el horror", y volvieron a abrirse. La información publicada en los diarios relataba que había sido descubierta una maniobra más que sospechosa y que unos traficantes que conducían en barco a unos 500 chicos en carácter de esclavos los habrían arrojado al mar. La noticia, como los

niños, terminó por perderse en el vértigo de acontecimientos más o menos trágicos o más o menos banales.

Con relación a todos estos acontecimientos, parafraseando a Philippe Aries, cabría la pregunta: ¿qué es un niño en esta Guerra Santa? Se podría intuir que seguramente no es lo mismo un niño occidental que un niño islámico, aunque bajo el tópico de una piedad indiscriminada se quiera universalizar lo que no es universalizable.

Esta operación de universalización es la que pretende hacer el gobierno norteamericano mediante la campaña que ha lanzado el presidente Bush. Consiste en que cada dólar que cada chico americano envíe a la Casa Blanca será destinado a los chicos musulmanes. La televisión nos mostró la imagen del presidente Bush dando el ejemplo, mostrando el primer dólar donado de manos de un niño no mutilado pero sí discapacitado. El ejemplo resultaba patético.

La eficacia connatural que implica el tópico de la inocencia del niño conlleva la idea de una neutralidad universal y *per se*, usada como elemento de persuasión. Esto está ejemplificado en el pedido que el presidente Bush formuló a los niños de EE.UU. para demostrar que el combate es contra el terrorismo y no contra los musulmanes o los afganos. Sin ironía de por medio, lo cual vuelve el ejemplo más cruento, Bush lanzó el proyecto de un programa bautizado con el nombre de "Amigos a través de la educación". Bush solicitó concretamente que los niños estadounidenses mantengan intercambios con chicos de su edad que vivan en el mundo islámico. Ignoro cómo se llevará a cabo dicha comunicación. ¿Acaso por Internet? ¿Acaso lo que en tiempos de paz se conoce como intercambio cultural? Si el dólar es la moneda universal, ¿el dólar a dólar supone un niño igual a un niño?

La realidad del mundo parece indicar que todos los niños del mundo no son iguales a los niños americanos del señor Bush.

Una carta imaginaria de George Bush dirigida al Premier israelí Ariel Sharon, imaginada por Thomas Friedman del *New York Times*, formula con esa intimación a la intimidad que implica cierta actitud cómplice: "Ariel, permíteme empezar contigo. No nos interesa discutir contigo si Arafat es o no tu Osama Bin Laden. Es obvio que no te decides. Después de todo, estuviste negociando en secreto con Arafat y varias veces enviaste a tu propio hijo, Omri, a reunirse con él. Yo nunca mandé a mis hijas a reunirse con Bin Laden."

Es lógico que al remitente de esta carta no le interese discutir porque en el ejemplo es claro que, por vía de la elipsis, Arafat es Bin Laden. Y que los hijos, los propios, dejan de ser niños universales cuando son soldados que van a la guerra.

Ahora bien, ¿qué es un niño afgano más allá de una cara en la que podemos adivinar el sufrimiento y el terror según lo que se percibe

en las fotos que aparecen en los diarios? Cito dos relatos de los tantos que aparecen. El primero proviene de la transcripción de una nota de Robyn Dixon de *Los Angeles Times*, donde se cuenta la historia de un niño de 14 años con sed de venganza (así lo titula el diario), Alauddin, tal su nombre, perdió a su padre y combate a los talibán y en su bolsillo sólo encuentran pan y balas. El plan de Alauddin es salir del territorio gobernado por los talibán y llegar a la zona norte de Afganistán controlada por la Alianza del Norte. En el camino se encuentra con la realidad, la realidad de Robyn Dixon: policías talibán sacando a jóvenes del trabajo para llevarlos a una mezquita a rezar. Seguramente que éste y otros enrolamientos similares abundan en la historia. Para el redactor, la supervivencia de Alauddin y la brecha que existe con el mundo de Occidente parece extraída de otro siglo.

Según transcribe la nota, Alauddin declara: "Me parece bien que los estadounidenses estén matando talibanes pero no quiero que los maten a todos" confiesa con la mirada brillante que, como se sabe, implica una mirada peligrosa, tales las palabras con que el periodista concluirá su nota. Antes Alauddin había afirmado enfáticamente: "Quiero que me dejen uno vivo para que lo mate yo. No, uno no, mejor dos." Y como comentario, el periodista agrega que después de 22 años de enfrentamientos Afganistán es un país de niños huérfanos, de chicos perdidos con sed de venganza. Después de la muerte del padre y de despedirse de la madre - quien le dice "sos nuestra última esperanza" - llega a su objetivo y se siente aliviado y feliz. En la Zona Norte le consiguen un trabajo con la brigada de combatientes llevando agua y combustible. Allí le enseñan a manejar un rifle Kalashnikov. Está ansioso por luchar. Está enojado y quiere venganza.

La ingenuidad de Robyn no llega al cinismo; es más, hasta se podría pensar que es un hombre de buena voluntad. Pero deducir que Alauddin, a quien le mataron el padre y por la guerra tuvo que separarse de su madre, es un chico enojado que quiere venganza es una interpretación infantil. Es decir, lo que para Robyn es un niño.

¿Es entre este niño musulmán y un niño americano, a través de "amigos por la educación", que Bush piensa hacer un intercambio? ¿Con un niño del siglo pasado? ¿Con un niño

con sed de venganza? ¿Con una educación que proviene de las madrasas, las escuelas coránicas? Sí, a un dólar por cabeza y hasta es posible que lo logre. No uno, sino dos, a un dólar por cabeza. De uno y otro bando las recompensas están a la orden del día.

El otro relato alude también a las recompensas. Cincuenta mil dólares por cada soldado americano ofrece Bin Laden. A un mes de la destrucción de las Torres Gemelas el sentimiento antiamericano ha ido aumentando en Afganistán y también en Pakistán. Reflejo de eso son las declaraciones vociferadas, hasta tomar en la información periodística la forma de una arenga -así dice el diario-, en la oratoria de un nene paquistaní de nueve años llamado Kudratula. Dice la noticia que este nene, supongo que como los iluminados cristianos de la Cruzada de los Niños, por la edad, por la gente que congregó su poder oratorio, arengó a veinte mil hombres contra EE. UU. Amenazó con arrancarles los ojos a los norteamericanos. Pero no tan sólo eso sino que gritó: "tenemos que unirnos contra los norteamericanos", y agregó "EE. UU. mira con malos ojos nuestras madrasas (escuelas coránicas) ¡Tenemos que arrancarles los ojos! ¡Con los dedos!". Y termina la arenga: "escuche Bush, si mata a Osama, cada niño musulmán se convertirá en un Osama para EE. UU."

Una foto significativa nos muestra a un chico paquistaní subido al hombro de su padre, éste portando un retrato de Bin Laden y el chico vestido de militar con una ametralladora -pareciera de juguete- y una bandera en la otra mano. ¿Se puede entender que un hijo no es necesariamente un niño?

La política de Bush de un dólar por cada niño musulmán sin duda pareciera no ser equivalente al lema por un Osama muerto cada niño se convertirá en un Osama. ¿Esto quiere decir que los niños y los Osamas se multiplican como los dólares?

Los niños inocentes como mercancía canjeable parece no tener límites. Al valor un niño un dólar, se le agrega la cotización del Mercado Común Europeo. Con la peligrosa ingenuidad de la buena fe, G. Grass declara que sería mejor que el gobierno Federal Alemán gastara la plata en ayudar a los niños afganos y no en fondos para una intervención militar. El premio Nobel de Literatura propone una "participación compartida", ya que lanza un llama-

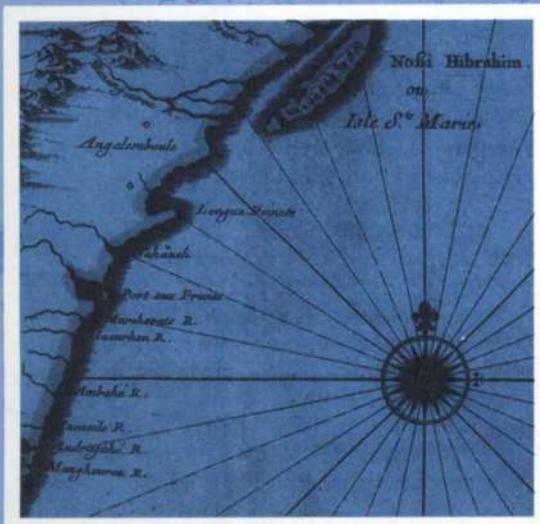
do a la sociedad germana, a padres y a niños, esperando que los chicos alemanes renuncien a la mitad de sus regalos de Navidad y destinen ese dinero para salvar las vidas de sus pares, los niños afganos. Y descubre que "pareciera que los muertos de nuestro mundo rico valieran diez o veinte veces más que los provocados por las tragedias del Tercer Mundo". Sí, no es que "pareciera" sino que la declaración de Grass y otras similares lo confirman.

Nuestro país también hizo su "cruzada educativa". Eso antes del proyecto Bush de "Amigos por la educación". Nos detendremos en una consideración, entre las tantas que se hicieron partiendo de análisis psicológicos o psicopedagógicos acerca de las medidas destinadas a "la ayuda que hay que darles a los chicos para que entiendan la guerra." En un acto realizado en Presidencia de la Nación con chicos de escolaridad primaria y funcionarios de Educación, Unicef y la ONU lanzaron el programa "Aprendamos a vivir juntos." Cuando un periodista formuló la pregunta de rigor a un funcionario del programa "Aprendamos a vivir juntos", es decir, cómo educar para la paz desde un país alineado a quienes bombardean Afganistán, la respuesta fue que los chicos pidieron varias cosas. En la lista de esos chicos figuran pedidos tales como "que los políticos se unan, que el país no entre en guerra, que los periodistas digan la verdad y no exageren".

Dicen que la verdad habla por boca de los niños. La maestra de un primer grado de la Escuela Municipal Número Cinco de Capital Federal declaró que los chicos vienen con respuestas dadas desde las casas y eso no sirve. Relata que un chico habló del FMI y que otra nena dijo "que la culpa de todo la tenían los intestinos. Nos costó darnos cuenta de que hablaba de los palestinos".

Es posible que efectivamente los chicos vengan con una respuesta dada desde sus casas. Pero también es cierto es que cuando esto no sucede como se puede leer en el párrafo transcrito la autoridad escolar se muestra decepcionada.

Parece que cuando la fatalidad de la lengua introduce una diferencia entre lo que se piensa de "un niño" y "los niños" como categoría universal se produce una lucha intestina entre los discursos llamados pedagógicos, familiares o psicológicos.





El coloso de Marusi

JORGE PALANT

“El afán de poder que caracteriza a la clase gobernante de todas las naciones es hostil a cualquier limitación de la soberanía nacional. Este hambre de poder político suele medrar gracias a las actividades de otro grupo guiado por aspiraciones puramente mercenarias, económicas.” ALBERT EINSTEIN

Estimado Henry Miller: Nunca le escribí, pero más de una vez, sin que usted lo supiera, tuvimos un diálogo. Sucede que enredado en la trama de una difícil circunstancia, la memoria (de pronto, pero no azarosamente, como se podrá apreciar líneas más adelante) evocó un párrafo de *El coloso de Marusi*. Entonces, en medio de cierta sorpresa, decidí escribirle. El hecho de que usted estuviera muerto, como verá, no fue un obstáculo.

“¿De qué reinos de luz somos nosotros sombras, que oscurecen la tierra desovada?” había escrito usted en las primeras páginas de *Big Sur y las naranjas de Hieronymus Bosch*. Big Sur, ese pueblo perdido sobre el Pacífico que usted eligiera para vivir a su regreso de Europa. Antes había escrito *Pesadilla del aire acondicionado*, y ahí estallaba el profundo malestar que le creaba cierta modalidad de vida ligada a la exaltación del consumo o a la posesión de bienes materiales. Bueno, supongo que no creará lo que empiezo por decirle: Manhattan ha sido el objeto de un ataque terrorista. No su “viejo y amado Brooklyn” sino Manhattan, en la garganta de Wall Street. ¡Como lo lee...! Le dejo unos segundos para que se reponga de su sorpresa y continúo, no sin antes adelantarle un posible desorden argumental... Verá. Terminada la guerra fría con la caída del muro de Berlín y la rápida desintegración de la Unión Soviética (lo que lee, lo que lee), el mundo entra en un tiem-

po en el que se hace necesario el reequilibrio de las tensiones rotas por un suceso de tal magnitud. Estados Unidos queda (digamos) como “amo y señor” o “gendarme de la paz” (este nombre circula) de un Universo que parece acelerar su estado de descomposición al ritmo de un movimiento económico global (una *política*) por el cual la pobreza extendida se hace miseria y la riqueza concentrada protege el desfile de su ostentación con bastones y gorras. (A veces algo más: hace muy poco, en Génova, manifestantes *globalifóbicos* enterraron su primer muerto. El primer ministro Berlusconi no vaciló, inmediatamente después del 11 de setiembre, en identificar el terrorismo islámico con la protesta *antiglobalización*, en tanto “ambas se opondrían al estilo de vida y la cultura occidental”. ¡Una derecha italiana tan grotesca que sus amigos del parlamento europeo tienen que hacer callar con cierta frecuencia!).

Hay lugares en que el arte se abraza al horror: a comienzos del 93, un fotoperiodista sudamericano trabaja en Sudán. En cercanía de uno de los grandes comedores de Ayod, el destino lo pone frente a la imagen que habría de otorgarle el Pulitzer: una niña, tan delgada como lo disponga un límite, con el vientre hinchado por la sostenida descompensación de tanta espera inútil, acaba de caer a tierra, inclinada hacia adelante, como si rezara, mientras algunos metros más allá, apoyado en una piedra, un ave

de rapiña espera el momento en que su presa se le ofrezca tal como él las prefiere. El fotógrafo toma la foto, espanta al ave y se sienta a llorar debajo de un árbol. Gana el Pulitzer y, cuando lo recibe, manifiesta estar todavía arrepentido de no haber ayudado a la niña. Argumentó que de nada hubiera servido, ya que la escena se repetiría en pocos minutos. En una palabra, que la suerte de esa niña, que no era nada más que una de tantas (que no entraban en el cuadro de la foto), estaba echada. Meses más tarde, el fotógrafo se suicidó. ¿El drama moral cobró su víctima años después? ¿Una estética del horror fue el *impasse* que releva una impotencia? ¿Se hubiera suicidado ese fotógrafo si no lo hubieran premiado?

Hay otro premio Pulitzer, del año '72, que usted habrá visto. Me refiero a los cinco niños vietnamitas que parecen correr hacia la cámara en medio de una carretera después de un ataque con *napalm*. Una niña, la del medio de la foto, desnuda, le grita al fotógrafo: “¡Quema mucho! ¡Ayúdeme!”. Se sabe que el fotógrafo la llevó al hospital, que la niña sobrevivió y que el fotógrafo no se suicidó. Pero no se trata de abrir un campo que permita hurguetear en diferencias psicológicas en uno u otro caso; tampoco en adentrarnos en la posición del artista frente al horror. ¿Qué, entonces, en esta evocación? Quizás generar alguna continuidad entre el *napalm* y el buitro, entre los horrores de la guerra y los

estragos del hambre. O remarcar que los que se suicidan en determinadas circunstancias son los que asumen la culpa de sobrevivir a un horror que no generaron, pero padecieron...

Motivaciones que me llevaron a escribirle: contar (una vez más) el episodio de la caída de las torres a quien no estuvo allí, como quien exige el verosímil de un hecho impensable.

Retomo otros eslabones de historia. Los traficantes de armas se ganaron el pan en los Balcanes; en Irak se ensayaron las más variadas combinaciones de "matar con precisión" y "errar el blanco", una suerte de paseo continuo entre el "festejo tecnológico" y el pedido de disculpa por el "factor humano"; una política fundamentalista (en el nombre) del Islam, había tomado el cuchillo en Argelia como respuesta a la lenta y extendida corrupción de regímenes democráticos que hicieron lo que quisieron, no solamente con el petróleo sino también con las últimas elecciones; Medio Oriente quedó atrapado en una criminalidad bíblica, y un multimillonario saudita emergió de una nube de polvo antisoviética como dando vida a las figuras fantasmáticas que agitara Dino Buzzati en *El desierto de los tártaros*, construyendo un adversario ("El verano pasado apareció un titular en el *Washington Post* que afirmaba que el Islam ha ocupado el lugar del comunismo como el enemigo de Occidente", E. SAID, *La Pluma y la espada*) que yuxtapone el nombre de un Dios con las técnicas más sofisticadas del terrorismo. Así fue como las Torres Gemelas fueron alcanzadas por dos aviones de línea americanos (como se lo cuento, no invento nada) y se derrumbaron como un castillo de naipes.

O sea, de un lado el Imperio, prepotente en todos los frentes, económicos o políticos, haciendo funcionar a su antojo los tratados internacionales y disponiendo embargos infinitos que matan niños de a miles (de esto no hay fotografías, ni premiadas ni de las otras); del otro, la emergencia de un millonario saudita, cabeza visible (y oculta) de una vasta medusa que alterna el sueño con la muerte; bombardeos sobre un país paupérrimo (podría ser el nombre de la guerra que acaba de empezar) ensayan el

peligroso gesto de una provocación de imprevisibles consecuencias, mientras que el extendido, urticante y contenido deseo de venganza contra el Imperio dibuja (para algunos) en el saudita la figura de un revolucionario del siglo XXI. La Historia parece haber basculado, con esta guerra, hacia una repetición cuya diferencia apenas se ha esbozado. Sólo la sangre que habrá de correr es una certeza.

¿Demasiada miseria humana? Así parece. Debo reconocer que es una carta que no ha hecho de su literatura una marca de estilo. Lo siento. ¿Me hubiera gustado escribirle embebido de esos climas neoyorkinos que usted manejaba como pocos! Asfaltos mojados en la noche que reflejan luces de neón, el viejo salón de baile, los sonidos del jazz emergiendo de las ventanas, June en medio de la pista y una mirada (la suya) que la atraviesa sin llegar a poseerla. O aquel descubrimiento, que era posible emborracharse con agua... o el adiós a aquella oficina de correos al compás de un boogie-woogie dionisiaco. Pero no.

Cuando usted moría, en mi país una dictadura militar desaparecía treinta mil personas. Usaron una técnica combinada, prácticas enseñadas por la OAS y la Escuela de las Américas más algunos consejos de la mafia, muy práctica en eso de desaparecer gente. (supongo que conocerá la leyenda de la *Tombstone*, a la entrada de Corleone). Todavía soportamos esos efectos; todavía se teje en la tela del tejido social herido. Hay fotos en los diarios que recuerdan sufrimientos, hay movimientos que apuntan a la verdad y capas de olvido necesarias para que la vida continúe, en una espiral de muy difícil cálculo al que la dureza económica, el caos social y una política corrupta y sometida al Imperio agregan su cuota de desaliento; todavía se discuten episodios de la Segunda Guerra, o de la guerra civil española, con la memoria colmada de recuerdos conmovedores... cuando los señores de la guerra dan cartas una vez más. Y una vez más nos atravesará la pregunta por la causa, y se clasificarán motivos que habrán de dividirse según los cánones de la enseñanza de la Historia.

Fue así que evoqué, como al pasar, sin proponérmelo, un fragmento de *El coloso de Marusi*, el del pasaje por el estrecho de Poros:

"(...)La llegada a Poros produce la ilusión de un profundo ensueño. De repente, la tierra converge de todas las direcciones y el barco se apretuja por un estrecho pasadizo que parece no tener salida. Los hombres y las mujeres de Poros se asoman a las ventanas, justamente encima de vuestras cabezas. Los holgazanes se pasean por el muelle a la misma marcha que el barco; pueden caminar más de prisa que el barco si desean apresurar el paso. La isla discurre en planos cubistas, un plano de muros y ventanas, otro de rocas y cabras, un tercero de árboles y arbustos puestos rígidos por el viento, y así lo demás.

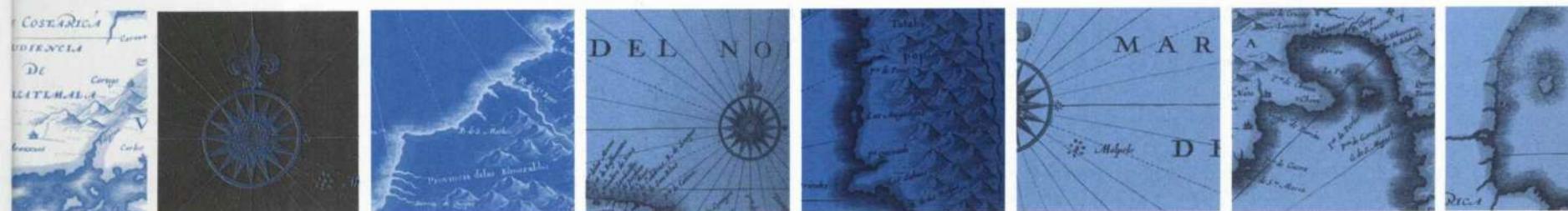
"Es casi la misma hora del día, algunos meses más tarde, cuando escribo estas páginas.

Al menos el reloj y el calendario así lo dicen. La verdad es que han transcurrido siglos de luz desde que pasé por ese estrecho pasadizo. Nunca volverá a ocurrir. Ordinariamente me entristece ese pensamiento, pero ahora no. Tengo muchos motivos para estar triste en este momento; todos los presentimientos que he tenido durante diez años se han realizado. Estamos en uno de los momentos más bajos de la historia humana. No se vislumbra en el horizonte signo alguno de esperanza. El mundo entero está envuelto en una carnicería y destila sangre. Sin embargo, lo repito: no estoy triste. Inúndese el mundo de sangre; yo me aferraré a Poros(...)"

En los comienzos de la Gran Guerra, Freud escribía acerca de lo difícil que le resultaba habitar la subjetividad que lo concernía; años después, en el final de un intercambio de ideas con Einstein en relación a la guerra, concluía "si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte".

Lástima que usted no conociera a Freud. A él le hubiera gustado escuchar esa diferencia que usted hacía a propósito del psicoanálisis en sus charlas con Kronsky: "El psicoanálisis no busca que la gente se adapte a la vida, sino que sea *adapta* a la vida". Con ecos del mejor Walt Whitman.

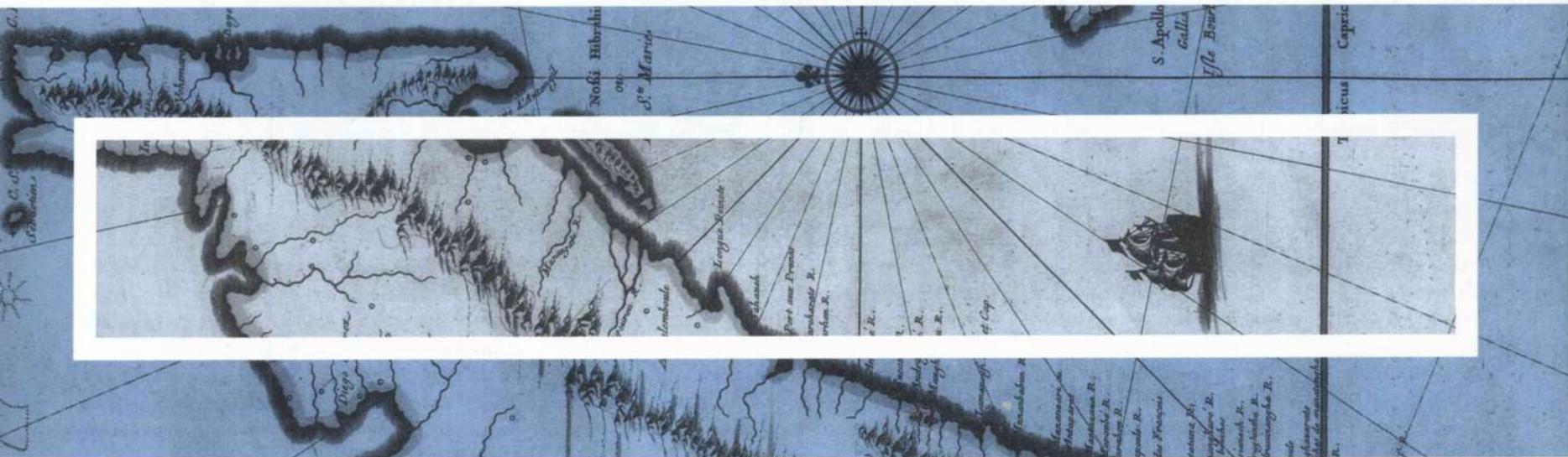
Bueno, hasta aquí. Me queda despedirme. Algo sencillo: una mirada leve a esa foto suya que parece sonreír.



A este lado del paraíso

SALVADOR GARGIULO

Los americanos cantan la gloria de su obra, mientras que los obreros afectados a tal causa no hablan en general inglés. ¿Quién no quiere ser un ángel? ¿Quién no quiere ser americano? Pero, a diferencia de los musulmanes, los ángeles desprecian el más allá, mientras que los talibanes, oriundos del infierno, sueñan con ser ángeles.



Dios y el Demonio en la tierra del sol

Morir para renacer a una vida superior no es patraña del talibán: los primeros cristianos festejaban el día de su muerte (*dies natalis*) y no el de nacimiento, puesto que muriendo nacían a la verdadera vida. Eran sin duda gente seria, y mucho más lo fue Agustín de Hipona, quien, ya proclamado obispo, maduró un más allá no reñido con la belleza física. A su vez —disgustado por la muerte de su madre— comprendió que la reencontraría en el Cielo, fundando así la idea de que el Paraíso es también lugar de reunión.

El esplendor del Edén cristiano llegará con el Renacimiento. La ciudad de Dios extendió sus fueros al Paraíso restaurado, donde los justos gozaban de las delicias del amor¹ perpetuo. Swedemborg y Blake añaden a esta felicidad la perennidad del amor que se urde en la tierra.

El siglo XX fue especialmente intolerante con los escenógrafos de la eternidad. “Cuanto más detallados son los retratos de la vida después de la muerte”, citan McDannell y Lang², “menos aceptables nos parecen”. Para maquillar su fe, nuestra civilización debió desalojar sus paraísos y refrigerar sus infiernos. Nos queda la promesa de la eterna soledad con Dios y la seguridad de que, ante tan lánguida perspectiva, nuestras renunciaciones también serán

juzgadas con mayor benevolencia. Así, la Ley del Talión —condenada por el mismo Jesucristo— hoy es ejercida impunemente por quienes se dicen cristianos, y ni el Papa se atreve a objetarlos. Para evitar que el jardín celestial fuese devastado, los propios cristianos han debido evacuarlo de cristianos. La paradoja se relame: nada más verosímil —para nosotros, esclarecidos por la razón— que un cielo arcano y puramente abstracto.

El cielo contemporáneo —ocurre lo mismo con la muerte— carece de representación en nuestra cultura.

El déficit celestial apareja un alza de las acciones en la tierra. El protestantismo calvinista jamás vio en esto una contradicción. Antes bien, según analiza Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*), en la doctrina capitalista la riqueza y el poder se convierten —por un desplazamiento del concepto de *predestinación*— en señal del favor divino, mientras que la miseria demuestra que Dios ha dado la espalda a quien la sufre. En consecuencia, la caridad humana se vuelve una virtud inocua, puesto que el propio Dios tampoco la ha practicado oportunamente con el interesado.

Weber se encarga de señalar hasta qué punto esta doctrina sacraliza la ética del trabajo y el enriquecimiento. El calvinista fervien-

te se ve obligado a trabajar para probarse el favor divino. Cuanto mayor sea su riqueza más evidente para sí mismo y para los demás se volverá el beneplácito de Dios. El Paraíso de Calvino, por su parte, es un sitio ascético, insensible a los vínculos terrenales de la familia o la amistad.

Al mismo tiempo, el Paraíso que el cristianismo medieval ofrecía a los fieles tras una vida de privaciones, EE.UU. lo pondrá a disposición del usuario sin demoras ni certificado de buena conducta. Bastará con que pueda pagarlo. La frase “Pasar a mejor vida” dejará de ser un eufemismo y tendrá valor publicitario y aun turístico: los bienaventurados podrán ser congelados y descongelados, clonados o digitalizados, no conocerán el sufrimiento ni la enfermedad o podrán poner fin a sus días, si así lo desean, para llevar una existencia puramente virtual.

Los americanos cantan la gloria de su obra, mientras que los obreros afectados a tal causa no hablan, en general, inglés. ¿Quién no quiere ser un ángel? ¿Quién no quiere ser americano? Pero, a diferencia de los musulmanes, los ángeles desprecian el más allá, mientras que los talibanes, oriundos del infierno, sueñan con ser ángeles.

El paraíso es un sitio demasiado pequeño

si lo comparamos con la vastedad de los purgatorios sudamericanos, de los latifundios asiáticos, de los infiernos africanos.

El temor del arquero ante el tiro penal

El hecho de que alguien alcance el Paraíso estrellándose contra el Paraíso ajeno es un hecho notable, tanto como que las milicias celestes del Paraíso estropeado —bajo el lema de Justicia Infinita— quieran ejecutar a un demonio que ellos mismos inventaron. La leyenda de Satanás no es tan diferente: también era uno de los hijos predilectos de Jehová —el más bello, según la tradición judía— y fue condenado al Abismo por pecar de soberbia.

En todo caso, la *yihad* que el Americano emprendió contra los talibanes —viciada de sentencias bíblicas y de eslóganes mesiánicos— no es menos teológica que la de los bonzos talibanes. En ambos casos un paraíso tambalea y se pone en juego.

Ningún talibán llamaría suicida a Mohammed Atta. Ningún americano lo llamaría de otro modo. A algunos talibanes les fue prometido el Paraíso a cambio de sus vidas. Ningún americano prometería algo así, por lo tanto, nadie en EE. UU. estaría dispuesto a vestirse de explosivo.

Lo que aquí se pone en juego es otra cosa: la *vulnerabilidad* americana. Vulnerabilidad que se expresa primeramente en el horror que causa la muerte, pues la muerte, en el paraíso virtual de los EE.UU., debe ser debidamente negada, impugnada, exiliada o —cuando *irremediablemente* sobreviene—, escondida, disimulada, encubierta. Lo prueban la decisión de no filmar cadáveres, aun cuando éstos brotaban de a cientos entre los escombros de las torres. Una encuesta hecha en Nueva York y Washington entre menores de 25 años arrojaba que ninguno de ellos había *visto jamás* un cadáver. Tal el horror que la muerte suscita en un mundo de mortales que se resisten a serlo.

Extrapolando, esta vocación se extiende no sólo a las muertes por accidentes sino también a las llamadas “muertes naturales”. La virtual abolición del velatorio, del duelo, el confinamiento de los moribundos a las terapias intensivas, el ocultamiento general del acto de morir —a la par de la victoria casi absoluta sobre el dolor físico— señalan hasta qué punto el americano, y a la zaga toda una civilización, barniza muerte de infinidad eufemismos.

No te mueras sin decirme a donde vas

Los talibanes han considerado que la política del Americano afecta la infalibilidad del Corán. Gilles Kepel —uno de los principales especialistas occidentales en temas islámicos— relaciona el ascenso del fundamentalismo al deterioro económico que afecta a las grandes mayorías del mundo musulmán. De algunos grupos considerados fundamentalistas surgen otros que no reparan en metáforas: los suicidas u hombres-bomba.

Según el diario *USA Today*, los hombres-bomba se sienten atraídos —como los bienaventurados del tríptico de El Bosco o de los cuadros de Giotto— por promesas de honor, abundancia y sexo sin límites en la otra vida.

Mohamed Atta, uno de los terroristas que piloteó uno de los aviones que se embutieron en las Torres Gemelas, llevaba en un maletín instrucciones de comportamiento durante el ataque. El texto fue hallado por el FBI en una valija abandonada por Atta en el aeropuerto de Boston. Se trata de una fervorosa arenga en favor de la guerra contra el infiel y una exhortación a no permitir que el miedo doblegue la voluntad. En alguna parte del documento aparece una suerte de epitafio: “Todos odian la muerte, tienen miedo a la muerte. Pero sólo los creyentes, aquellos que saben de la vida después de la muerte, de la compensación después de la muerte, serán los que buscan la muerte”. Plegaria que bien podría haber sido pronunciada por aquellos mártires cristianos para quienes el cielo era todavía un bien a conquistar.

Un fantasma en el Paraíso

Los talibanes todavía sueñan con el jardín que los esclarecidos hijos de Cristo prefirieron desmantelar. Sueñan con bienestar, con abundancia, con mujeres, con recaudar en especias el precio de su sacrificio. Cansinos Assens³ dice que “el Corán traslada a los paraísos todo aquello que podría apetecer un árabe nómada, siempre calcinado por la flama solar, sediento, y acuciado por una libido exasperada por la térmica de la pasión; sombra y agua de oasis y bellas mujeres, que lo acojan con amor servicial”. ¿El musulmán aspira a un paraíso similar al que el Norteamericano forja en la tierra? Lo que sí es seguro es que el paraíso islámico resulta más convincente a sus aspirantes que para nosotros el devaluado cielo cristiano, sea católico o protestante.

El rito previo al acto suicida⁴ incluye una escalada en el cementerio, donde el voluntario debe tenderse durante horas en una fosa envuelto en su propia mortaja, mientras repite en voz alta suras coránicas. Horas después tendrá el fatuo privilegio de hincar la muerte en las atalayas del Paraíso, sobre el firmamento de Manhattan, frente a las narices del propio señor de la Tierra.

La muerte irrumpió en el sueño americano. Por un día los cadáveres se llamaron Henry, Sam, Linda, John. Un Paraíso con sus cualidades rotas deja de serlo: la tortura psicológica de la inseguridad, de la guerra química, de los sobres contaminados, de los vuelos suicidas arrasa con el sentido común y vuelve amenazante cualquier cabeza con turbante. Como ocurrió en Kosovo, en Palestina, en Chechenia, también en EE.UU. algunos cientos de niños se proclamaron huérfanos en el curso de una tarde. Por primera vez la humanidad, perpleja, se condolía por la suerte americana. De aquí en más resta pertrechar⁵, amurallar y clausurar el Paraíso⁶. Esta feudalización será costada, naturalmente, por los mismos atribulados que hoy envían sus condolencias.

Por su lado, la batalla no será infinita: en realidad fue perdida en el instante mismo en que el Boeing 757 se colaba por el ventanal de la primera torre. En ese momento no era cuestión de fanatismo, ni siquiera de honor, ni siquiera de hombres.

Un paraíso se hacía añicos y dejaba como saldo este infinito desconcierto, en un decorado celeste donde actores e invitados se atropellaban para huir más rápido.

¹ El famoso tríptico del Bosco y algunos cuadros de Giotto constituyen sendos inventarios de estos paraísos.

² Collen Mc Dannell y Bernhard Lang. Historia del Cielo. Taurus, Madrid, 1990

³ Cansinos Assens. Mahoma y el Corán. Editorial Bell, Buenos Aires, 1965.

⁴ La descripción completa del rito puede ubicársela en www.tercera.cl/casos/medioriente/datos/html.

⁵ El 3 de octubre de 2001, el Senado de Norteamérica aprobó un presupuesto de 345.000 millones de dólares para gastos militares.

⁶ Me limito a mencionar unas pocas medidas que el gobierno americano considera “precautorias”. Entre otras, la restricción impuesta a varios países (entre ellos la Argentina) para ingresar a EE.UU., la intervención de aeropuertos, de correos, etc.



La mirada de Occidente

FERNANDO FAGNANI

Entre la tarde del 11 septiembre y la mañana del 12, diarios de todo el mundo llenaron sus páginas de imágenes dantescas. Lo que se veía eran tomas saturadas: de humo, de fuego, de gente en estado de pánico corriendo por una calle salpicada de escombros, vidrios y desechos. Todos las conocemos y sabemos que como telón había un edificio en llamas, el polvo que sucedió a su derrumbe o, cuando el polvo descendió, una nada confusa e intimidatoria.

En el polo opuesto de ese estallido interminable, tenemos tres fotos solitarias, sobrias: las que un fotógrafo de Associated Press tomó de personas que saltaron desesperadas de las ventanas del World Trade Center. Los tres, y todos los que no han sido fotografiados, sabían que iban hacia la muerte. No obstante, prefirieron esa vía a fundirse en los 1.000 grados que alcanzaron las Torres a los pocos segundos del atentado (*Clarín*, 12/09/2001). O a la muerte por asfixia, o a cualquier otro destino que desborda las proyecciones más dolorosas.

Lo más llamativo de estas tres fotos es que en ninguna se ve fuego ni humo. El fondo, de lado a lado, está cubierto por el acero y el vidrio todavía impecables de una de las Torres. En rigor, ni siquiera puede saberse si eso que está allí ahí atrás es un edificio (hace pensar sin mucho esfuerzo en una helada pintura geométrica, de rayas verticales color plata y negro). En ese plano límpido y perfecto, que no deja lugar a ningún vacío, el sol da de pleno. El cielo, que no se ve y acaso no se imagina, puede traerse recordando otras imágenes, la de los aviones incrustándose en los edificios.

Las personas que se ven en cada una de las fotos parecen estar vivas. Tenemos lo siguiente: un hombre que cae de espaldas, desarticulado, con los brazos extendidos y, podría decirse, con el acto reflejo de tratar de agarrarse de algún punto sólido. Tiene una camisa color coral, pantalones claros y se le ve un zapato negro.

En la otra toma hay una mujer. Baja en L, con las piernas desnudas y absolutamente rectas hacia arriba, y el torso rígido, de espaldas al vacío. A una primera mirada se piensa que lleva puesta una malla pegada al cuerpo. Ayudan a esta impresión los brillos de la Torre y la pequeñez de la figura. La observación más atenta no despeja totalmente las dudas, aunque es factible concluir que tiene un vestido al que le falta la falda. O una camisa negra, sin pollera o pantalón, que se confunde con su cuerpo debido al veloz descenso.

¿A qué velocidad bajan esa mujer, ese hombre, el otro hombre de la tercera fotografía y todos aquellos que han muerto sin que quedara testimonio gráfico alguno de sus últimos segundos? ¿Cincuenta, ochenta, cien kilómetros por hora? Si saltaron entre el piso cuarenta y el ciento diez, recorrieron entre ciento cincuenta y cuatrocientos cincuenta metros. Para la estadística de la muerte, la diferencia es irrisoria, para un inventario de la memoria, no.

Pero sin duda la tercer foto es la más impresionante. Es claro que Associated Press piensa de manera similar. La agencia armó una producción especial con fotos propias en la versión *on line* de más de un centenar de diarios norteamericanos, y la única que hay de las tres es ésta.¹ Allí vemos a un hombre que cae cabeza abajo, abriendo el espacio y brindando, a quien lo mira, la sensación de vértigo. Las piernas apenas flexionadas (la izquierda un poco más que la derecha), el torso recto y la camisa inflada, seguramente por el viento. Parece que sus manos se aferran en la espalda.

No obstante, lo primero que se ve es la cabeza. En la del otro hombre, el ojo retiene el zapato negro, que desvía la tragicidad de la escena, y en la de la mujer, la pose completa, que no es impropia de un salto ornamental. Aquí es la cabeza, que unos segundos después será una mancha negra y roja en la vereda del World Trade Center, que a esa hora aún la tenía. Aunque no vimos los cadáveres, sabemos que murieron.

A fin de cuentas se trata de los únicos (futuros) muertos que se vieron en eso atentado. El resto son números de víctimas que, igual que en las guerras, fueron más difusos cada día. Es historia la lógica que gobernó el manejo de la información: nada de cadáveres, ni de bolsas. Nada que refleje la muerte en crudo.

Para explicar esta conducta se dijo que los americanos habían aprendido lecciones de guerras pasadas, cuando las imágenes de soldados partidos, lisiados o quemados herían el espíritu patriótico. En Vietnam, por ejemplo, o en Somalia, donde según Nigel Barley "las fotografías de los restos de un marine ameri-

cano arrastrados entre las risas por Mogadiscio, cubiertos de patadas y escupitajos, hicieron más por asegurar la retirada de sus fuerzas de Somalia en 1993 que la muerte en sí". Es evidente que nadie permanece indiferente ante fotos de esa índole, pero suponer que eso basta para definir una contienda es dar demasiado crédito al poder de los corazones espantados. Y ninguno a la política, que es más práctica e incluye, sin temblores del alma, la noción de derrota.

Más claro resulta si se piensa que se trata de una decisión política muy atendible, toda vez que para los Estados Unidos los atentados del 11 de septiembre fueron un ataque contra la civilización y no contra algunos de los edificios y los habitantes de un país. El monumentalismo, las llamas inextinguibles, los hierros retorcidos, se dan la derecha cuando se busca construir una lucha mayor, de opuestos inconciliables. Los cuerpos, con su fijeza, ciertamente estorban. Concentran, es decir desvían, la intensidad del drama, y tienen el riesgo de invocar, tarde o temprano, un sentimentalismo que sobra en los aprestos de la batalla. El mismo que reinstalaron los bomberos de Nueva York, que se negaron a cesar la búsqueda de los cuerpos de sus colegas, como les pidió Guiliani. El alcalde tuvo remedio que aceptar: ese gremio accedió desde el 11 de septiembre al sitio del heroísmo, algo que explicita el estado de una nación.

Al cabo, el problema no es que los ciudadanos se conmuevan, tiemblen o se quiebren, sino que descubran que, luche quien luche, los blancos son ellos y no una mera figura trascendente, que reacciona bajo el nombre, luego corregido por leyes políticas, de cruzada o justicia infinita. El gran enigma de este operativo compacto es bajo que forma pasará ese día a la memoria. No la colectiva, que es un mito funcional a la utopía de la sociedad homogénea, sino en sus diversos fragmentos, tan reacios a la estandarización. En parientes, amigos, colectividades. La respuesta inmediata es sintomática: en una muestra llamada *New York is Here*² se han colgado cerca de 2.000 fotos del día del atentado y los siguientes. Cualquiera que haya sacado una puede participar, salvo que aparezcan cuerpos heridos o muertos, que no se aceptan. No importa. La urbanización de esas muertes ya está en terreno de disputa, pues comenzó el debate sobre que hacer con el solar que albergara al World Trade Center. El director de un museo supone que lo mejor es dejarlo como está; facturando un colosal *ready made* de detritus que recuerde lo sucedido, o al menos sus consecuencias visibles. En franca discordia, una tropilla de arquitectos, los más reputados, y por lo que se ve, los más ignorantes, pelean por reconstruirlas tal cual eran, por el tema de la victoria moral y para que el terror no se sienta ganador. Y de paso apoyar el negocio inmobiliario. Por último, un par de artistas proponen ubicar, donde estaban las Twin Towers, dos haces de luz que cada noche le recordarían a los habitantes que allí sigue faltando algo: los edificios, y también la oscuridad.

En esas discusiones severas no figura el proyecto más elocuente y político: un memorial, un espacio vacío, un cementerio ausente. Tal omisión expulsa lo elemental: que la eficacia de ese atentado no está dada por su objetivo, sino por la hora en que los aviones embistieron. De haberse estrellado a las cinco de la mañana, las únicas víctimas, además de los pasajeros, habrían sido los guardias que paseaban por los pasillos vacíos. Estaríamos hablando de otra cosa.

Si alguien quiere ver quienes fueron esos muertos tiene que ir hasta un paredón donde familiares y amigos pegaron fotos (que los muestran vivos³). Lo hicieron para que sus rostros resultaran conocidos, por si se cumplía la teoría de shock post-traumático y algunos estaban vagando aturcidos por la ciudad. Sin pretenderlo, les dieron una señal de identidad que patentiza que están definitivamente muertos. Una señal paradójica y inevitablemente privada que los sustrae de la Historia y les depara una memoria accidental, ligada al azar de estar donde no debían haber estado. De ese modo volvieron a matarlos. Y el efecto de esta segunda muerte, igual que el de la primera, alcanzará, reactivo, a todos los vivos.

¹ Ver el en el sitio www.ap.org, en la sección de *The Wire*. Desde allí se puede acceder a los diarios en versión electrónica que usan fotos de AP. En todos está la misma producción, con las mismas fotos. Las otras dos fotos, las que faltan, pueden verse en la producción especial que preparó Clarín. En www.clarin.com

² Puede consultarse en Internet en www.newyorkishere.com. Hay varios centenares de fotos, muchas de ellas muestran bomberos o banderas. O las dos cosas juntas.

³ El paredón, cubierto por los retratos, puede consultarse por Internet en la muestra en www.newyorkishere.com.